

TEMAS

Publicación quincenal de espiritualidad y difusión de la doctrina pontificia

AÑO 1 - N.º 6

OCTUBRE 15 DE 1972

LA PALABRA DEL PAPA

**DOS TEMAS PARA REFLEXIONAR:
LA CASTIDAD, Y LA PLENITUD
DE LA LEY CRISTIANA**

LITURGIA

**LA OBRA DE SALVACION
CONTINUADA EN LA IGLESIA A
TRAVES DE LA SAGRADA LITURGIA**

DOCUMENTOS

**LA CONFIRMACION: NUEVOS RITOS
OBLIGATORIOS DESDE 1973**

LA IGLESIA HOY

**LA "CONTESTACION INTELECTUAL"
Y ALGUNAS FALSAS
INTERPRETACIONES DEL CONCILIO**

Calendario litúrgico y lecciones de la Misa

OCTUBRE

- 15 DOM. XXVIII: Is. 25, 6-9; Salmo 22. Fil. 4, 12-14. 19-20; Mateo 22, 1-14
- 16 L. sta. Edviges relig. o sta. Margarita Ma. de Alacoque virg. Gálatas 4, 22-27;
Salmo 112, 1-7; Lucas 11, 29-32
- 17 M. s. Ignacio de Antioquía ob. y mr. Gálatas 4, 31-5, 6; Salmo 118, 41-48;
Lucas 11, 37-41
- 18 Mi. s. Lucas, ev. 2 Tim. 4, 9-17a; Salmo 144, 10-13; Lucas 10, 1-9
- 19 J. ss. Juan de Brébeuf y comp. mrs. o s. Juan de la Cruz presb. Efesios 1, 3-10
Salmo 97, 1-6; Lucas 11, 47-54
- 20 V. Efesios 1, 11-14; Salmo 32, 1-5; Lucas 12, 1-7
- 21 S. Sta. María en Sábado. Efesios 1, 15-23; Salmo 8, 2-7; Lucas 12, 8-12
- 22 DOM. XXIX: Is. 45, 1, 4-6; Salmo 95; Tesal. 1, 1-5b; Mateo 22, 15-21
Mateo (22, 15-21)
- 23 L. s. Juan de Capistrano presb. Efesios 2, 1-10; Salmo 99, 2-5; Lucas 12, 13-21
- 24 M. s. Antonio Ma. Claret ob. Efesios 2, 12-22; Salmo 84, 9-14; Lucas 12, 35-38
- 25 Mi. Efesios 3, 2-12; Isaías 12, 2-6; Lucas 12, 39-48
- 26 J. Efesios 3, 14-21; Salmo 32, 1-5; Lucas 12, 49-53
- 27 V. Efesios 4, 1-6; Salmo 23, 1-6; Lucas 12, 54-59
- 28 S. ss. Simón y Judas aps. Efesios 2, 19-22; Salmo 18, 2-5; Lucas 6, 12-16

TEMAS

Publicación quincenal de
espiritualidad y difusión de
la doctrina pontificia.

MONTEVIDEO, 15 DE OCTUBRE DE 1972

AÑO 1 - Nº 6

Directores: Carlos A. Casares Sienra y Eduardo Navia Sienra

Publicación editada por IMPRESORA REX S. A. Calle Gaboto 1525,
Teléfonos: 4 88 62, 49 00 48 y 41 01 43

Matrícula Nº 1957 (Ministerio de Industria y Comercio - Dirección de Industrias)
Depósito legal Nº 30439/72

"Precio de venta al público sujeto a modificación de acuerdo a la Ley Nº 13.720
de 16 de diciembre de 1968" (COPRIN), \$ 100.— el ejemplar.

La Castidad: ¿es posible?

"La pureza es posible y con la oración y los sacramentos es fácil y resulta gozosa", dice el Papa. Dirigiéndose a los peregrinos presentes en la audiencia general del miércoles 13 de setiembre ppdo. el Santo Padre se refiere, con palabra clara y precisa al problema de la castidad. Estas son sus palabras:

"En estas conversaciones semanales venimos llamando desde hace algún tiempo, la atención de nuestros visitantes sobre el aspecto moral de la vida, el cual, lo mismo que otras muchas cosas, sufre cambios y alteraciones que no pueden dejar indiferente a quien como nosotros, cristianos, desea imprimir a la propia conducta una línea conforme con determinados principios naturales y religiosos. Queremos, debemos seguir al Maestro, a Jesucristo. Deseamos abrir su Evangelio, no para sentirnos condenados por este código de verdad y de vida, sino más bien para ser instruidos y alentados hacia la forma ideal de comportamiento adecuado a nuestra vocación cristiana.

Se podría tratar ahora sobre el tema de la castidad, en torno al cual habría mucho que decir, debido a su importancia en el desarrollo moral de nuestra vida; tanto que, en la conversación ordinaria, absorbe para sí, como por antonomasia, el título de "moralidad"; habría mucho que decir también a causa de la gravedad y cantidad de viejos y nuevos problemas que se acumulan sobre este tema tan delicado. Pero, evidentemente, no es éste el lugar para tratarlo; baste enunciarlo para que cada uno le preste atención y vigilancia. Veamos algunos puntos que os conciernen.

No ceder a la contaminación de la inmoralidad del ambiente

1. El tema se hace invadiente y obsesivo. No pueden pasarlo por alto quienes desempeñan funciones pedagógicas en medio de la juventud, en la formación de las conciencias, en la salvaguardia de las costumbres, en la moral pública. Tema delicado, por ser de índole que impresiona, y, por tanto, tratado tradicionalmente con mucho recato, a veces hasta excesivo pues se le cubría con reticencias, aparece hoy presentado con estudiada y a veces provocadora ostentación. En el campo científico, el Psicoanálisis; en el campo literario, el erotismo obligado; en el campo publicitario, la bajeza seductora; en el campo de los espectáculos, la exhibición indecente encaminada a lo obsceno; en el campo de las publicaciones, revistas pornográficas pérfidamente difundidas; en el campo de las diversiones, la búsqueda de las más rastreras y seductoras; en el campo del amor, que es el más elevado, la confusión entre el egoísmo sensual, pasional y el sueño lírico y generoso del don de sí.

2. Debemos tener en cuenta que vivimos en una época en que la animalidad humana degenera frecuentemente en una desenfrenada corrupción;

se camina en el fango. Si tenemos el sentido de la dignidad personal y del respeto hacia los otros, hacia la sociedad, y, sobre todo, el sentido de nuestra elevación al nivel cristiano, de hijos de Dios y de bautizados y santificados por la gracia (que es iluminación del Espíritu Santo en nuestras personas), debemos ponernos en una postura de defensa, de rechazo, de renuncia a tantas exhibiciones de la inmoralidad moderna; y no ceder, por condescendencia o por respeto humano, a la contaminación de la inmoralidad del ambiente.

Problemas graves y actuales

3. Debemos además percatarnos de que la impureza a que aludimos no es un derecho del joven que camina hacia la vida, del hombre moderno que debe liberarse de las tradiciones de antaño, del hombre maduro, como si éste estuviera inmune de los desórdenes que proceden del contagio con la provocante inmundicia. Porque, ¿qué entendemos por impureza?: entendemos el dominio de los instintos y de las pasiones del hombre animal sobre el hombre racional y moral. Un dominio que estimula, hechiza, exalta el primero; degrada y humilla el segundo; hace al primero vulgar, vicioso y triste, al segundo miope e insensible y escéptico ante las cosas del espíritu (cf. I Cor 2 14); es un desorden grave en nuestro ser humano, que es complejo y compuesto; desorden que fácilmente desciende a lo más bajo.

"Bienaventurados los limpios de corazón"

4. No se pueden silenciar los peligros inferiores hacia los que se dirige nuestra sociedad resbalando sobre la llamada libertad de los sentidos

y de las costumbres. Son las grandes cuestiones que no la hacen ni fuerte, ni gloriosa; la anticoncepción, el aborto, la infidelidad al amor conyugal, el divorcio... Luego, tras de la iniciación en el placer sensual, brota la droga... Es la vida del hombre la que está en juego; es el amor verdadero el que va a la decadencia. Problemas graves y actuales, de los cuales tanto se habla; y aún se debería hablar más.

5. Terminemos con un párrafo positivo, propio de la formación cristiana: se concentra en una de las bienaventuranzas del Evangelio: "bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mt 5, 8). En estas palabras se pueden descubrir muchas cosas: la relación entre la vida religiosa y la disciplina de las costumbres; la sede primaria de la pureza que es el corazón, es decir, nuestra interioridad, nuestros pensamientos, nuestras imaginaciones, nuestra conciencia (cf. Mt 5, 27 ss; 15, 29); la austeridad, o lo que es igual, la fortaleza de espíritu, la integridad verdadera de nuestra conducta, condición necesaria para mantener y engendrar el orden de nuestro ser desensamblado por el pecado original y convertido en custodia de los tesoros del reino de Dios (cf. II Cor 4, 7), la excelencia del amor puro, honesto y bendecido por el vínculo sagrado, la mayor excelencia de la virginidad consagrada al Amor único, absoluto, divino... La pureza es la atmósfera en que respira el amor.

7. Queremos añadir todavía una palabra. En otra ocasión hemos dicho que la moral cristiana es, de por sí, difícil. ¿Qué tendremos que decir de este capítulo relativo a la castidad y a la pureza que casi todos los que están al margen de la vida cristiana lo consideran imposible de observar?

Diremos también que sí, que es difícil teniendo en cuenta las circunstancias en que se desenvuelve la vida del hombre, especialmente hoy. Pero, apostillemos enseguida, y corrijamos prácticamente la primera afirmación general: no, es fácil; con el dominio de sí mismo, con la elec-

ción cuando es posible, de un ambiente de vida sano, queriendo, la pureza es posible; más aún con la oración y con los sacramentos es fácil y hace feliz.

¡Os lo decimos a vosotros, los jóvenes; lo decimos a todos! Con nuestra bendición apostólica.

Por los Escritores

Escribir es tarea solitaria, Señor.
El escritor se sienta a la máquina
o con el lápiz en la mano...
y con frecuencia la página se queda en blanco.
Toca, Tu, sus manos
e impulsa sus cerebros
con una centella de su poder creador.
Dirígeles suavemente
para que comuniquen
más por amor que por provecho propio
para que nos den las aspiraciones más altas
del espíritu humano
sin rehuir nuestros defectos trágicos.
Ayúdalos
a compartir con nosotros
momentos de aventura
instantes de gozo
horas de reflexión.
No les abandones, Señor.
Ni dejes que se desilusionen.
Sea en letras de molde, en el escenario
o en el aire,
sus palabras moldean nuestras vidas
nuestras imágenes y deformaciones
de la Palabra que existió
“al principio.”

Amén.

La plenitud de la ley cristiana

¿Cuál es el deber principal de nuestra existencia? ¿Puede resumirse en un ideal que dé sentido al programa general de nuestro obrar? El Santo Padre responde a estas interrogantes que, hoy más que nunca se plantea el hombre. Estas son sus palabras, pronunciadas en la audiencia general del pasado 20 de setiembre.

“Nos ocuparemos una vez más, durante esta breve charla, encuadrada en la audiencia general, de la actividad humana; decíamos: de nuestro “actuar” (es decir, de los actos del hombre en sí mismo), de nuestro “hacer” (es decir de las acciones que realizamos fuera de nosotros), (cf. S. Tomás, *Contra Gentes*, II, 1), de nuestro obrar, en fin, que es el aspecto de la vida en que se concentra principalmente el interés del hombre moderno, el cual tiende a considerar todo y a valorarlo todo en orden a la actividad, a la dinámica del ejercicio de sus facultades.

El trabajo tiene en nuestro mundo una primacía que todos sabemos. Se ha convertido, incluso, en la base constitucional de la sociedad. Todo ser vivo, toda realidad debe estar en movimiento, orientada a producir, y es valorada según el potencial de sus fuerzas operativas; también la cultura está sometida a medidas cuantitativas, o, mejor, operativas: a la ciencia se la concibe en función de su aplicación práctica; la libertad es apreciada teniendo en cuenta la capacidad de actuar o de hacer y de gozar que conciente. El hombre moderno tiende a aplicar el acelerador en todos los aspectos de su existencia. El “obrar más” equivale para

él a “ser más” y “tener más”, y también a “gozar más”: es su ideal.

El dinamismo de la vida moderna

Observamos con gran interés este fenómeno-príncipe de la vida moderna, que se presenta con los nombres de trabajo, de progreso, de desarrollo, de bienestar, de civilización, porque es fenómeno humano. Podemos decir con el antiguo Terencio: *homo sum, humani nihil a me alienum puto*; nada que sea humano lo considero extraño a mí mismo. Además, nosotros, los cristianos, apreciamos esta intensidad operativa que caracteriza nuestro tiempo también por razones propias que confieren a la actividad del hombre una importancia decisiva en el orden de la perfección humana (cf. Blondel, *L'azione*; Ollé Lapruné, *Il valore della vita*), y en orden a la salvación; sobre nuestras obras seremos juzgados en la balanza por la eterna verdad (cf. el artículo: *Esiste una morale cristiana?*, en la revista “La Civiltà Cattolica”, del 16-IX-1972, pp. 449-455).

Así, pues, el obrar ocupa la primacía entre los valores que cualifican la vida, dejando a veces prácticamente en la sombra incluso la precedencia del conocer y la excelencia del

ser, de donde, sin embargo, quiérase o no, depende el obrar; (*nihil cupitum quin praeognitum, y operari sequitur esse*, dicen los maestros); el problema número uno se concentra sobre el contenido del obrar, o, lo que es igual, sobre qué debemos hacer y sobre el por qué de nuestra actividad, sobre el objeto y sobre la intención. ¿Cuál es, pues, el deber principal de nuestra existencia? ¿Puede resumirse en un ideal que dé sentido al programa general de nuestro obrar?

Lo que enseña el Evangelio

Queríamos que todos supieran descubrir la altura y la simplicidad maravillosas de la lección evangélica a este respecto. La conocemos todos, pero volvamos a leerla juntos.

"Y le preguntó uno de ellos, doctor, tentándole: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley? El le dijo: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (y el evangelista san Marcos añade: "y con todas tus fuerzas", Mc 12, 30), Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: amarás al prójimo como a tí mismo. De estos dos preceptos penden toda la Ley y los Profetas" (Mt. 23, 35-40).

Así había hablado ya el mismo Dios en el Antiguo Testamento (cf. Dt 6, 5). Jesús lo convalida: esto es lo que hay que hacer. La voluntad de Dios acerca del hombre es ésta: que ame a Dios y al prójimo. He ahí el punto céntrico de toda la moral, el fin supremo del querer, el primer principio del obrar rectamente. ¡Habría tanto que decir como comentario de estas insuperables palabras! ¡Demasiado para esta nuestra conversación! Notemos sólo, como ejemplo, la lógica necesidad y la

feliz posibilidad de resumir todos los deberes en dos principales, mejor, en uno solo, fin y principio del obrar rectamente: el del amor a Dios, con el complementario del amor al prójimo; y esta posibilidad es, especialmente en el aspecto didáctico o mnemotécnico, muy útil, muy cómoda —podríamos decir— para todas las mentalidades, de modo singular, hoy, para nosotros, los modernos, que sentimos fastidio por el esfuerzo mental y el "nociónismo". El Evangelio nos lleva después a la cumbre, y sintetiza todo en un doble deber, lo incluye todo in nuce, y lo jerarquiza: el objeto supremo es el amor, y es también el fin por el que debemos cumplir los deberes subordinados. "La plenitud de la Ley es el amor" (Rom 13, 10).

Se nos presenta ahora aquí una cuestión formidable: ¿sabemos de veras que es el amor? ¿No se halla esta palabra entre aquellas que más se usan, y por tanto entre las más difíciles de definir, y entre aquellas polivalentes en los significados que se le atribuyen? ¿No se halla entre las más equívocas, incluso entre las más sublimadas y las más degradadas? ¿No se aplica a actitudes de nuestro espíritu contrarias entre sí? En sentido vertical: ¿no se encuentra referida a las ascensiones hacia Dios, que es amor, y hacia el cual está dirigida esencialmente nuestra vocación natural y sobrenatural (Síntesis de san Agustín: "Tú, oh Dios, nos has hecho para tí; y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en tí". *Confesiones* 1, 1); y referida también a los descensos más vulgares y degradantes de la animalidad sensual e incluso innatural, como un fatal peso de gravedad que arrastra acaso hacia el fondo, más abajo de los niveles de toda decencia y de toda honesta felicidad? Y en sentido

horizontal, es decir, interpersonal, ¿no puede el amor significar, de vez en cuando, la más generosa entrega, o el ansia más egoísta, o también las dos cosas a la vez? No será fácil poder dar un significado unívoco a la antigua palabra "amor" que oscila entre "eros" y "agape" (caridad), entre una simpatía instintiva y pasional, y una aspiración al bien, a la felicidad, a la vida.

El auténtico amor

¿Cómo practicaremos este precepto fundamental del amor a Dios y al prójimo, si el vocablo mismo no nos ayuda a una interpretación exacta de su significado? Mirad: ante todo, deberemos tener ideas claras. El amor verdadero es el acto consciente y voluntario hacia el bien. La naturaleza nos ayuda a dirigirnos rumbo al bien; la inclinación, amor instintivo y sensitivo, se hace acto de voluntad, se convierte en amor verdadero; se trata entonces de una operación doble: la elección y la fuerza. Debemos escoger (*in ordine intentionis*) el sumo Bien, aquel que solo y en verdad es proporcionado a la insaciable amplitud de nuestro poder de desear y de amar; y luego, debemos hacer que converjan todas nuestras fuerzas espirituales y sentimentales hacia el Bien supremo que es Dios. Y de la ejecución de este primerísimo deber —el esfuerzo compuesto de inteligencia y de voluntad, que fija en Dios, El mismo Amor supremo, nuestra gravitación moral, más aún, obtiene de El nuestra energía operativa— deriva la capacidad de cumplir cualquier otro deber (*ordo executionis*) que se planifica a base de aquel primero y de él recibe su rectitud, su dignidad, su forma de trato de la creatura con el Creador, del Hijo con el Padre (cf. S. Th. I-II, 1, 4; E. Neuhausler, *Exigence*

de Dieu et morale chrétienne, Cerf. 1971: y además, siempre los grandes maestros del amor: san Bernardo, san Francisco de Sales, etc.).

La caridad, síntesis de la vida moral

Toda la vida deviene amor. Amor verdadero, amor puro, amor fuerte, amor feliz. Y a este primer amor —que es religioso, como veis, y no puede ser de otro modo— va unido el segundo, el amor al prójimo, ya como escala para subir al amor de Dios (cf. I Jn. 4, 20; san Agustín, *Tract. in Jn.* 17, 8), ya como motivo para aplicar la actividad propia en servicio y beneficio del prójimo (cf. Rom 13, 8-10; I Tim 1, 5).

Si nosotros, nosotros los cristianos hubiéramos comprendido este Evangelio del amor, su ley, su necesidad, su fecundidad, su actualidad, no nos dejaríamos sorprender por la duda de que el cristianismo, nuestra fe (Gál 5, 6) fuera incapaz de resolver en el ámbito de la justicia y de la paz las cuestiones sociales, sin tener que buscar esta capacidad en el materialismo económico, en el odio de clases y en la lucha civil, con el peligro de ahogar nuestra profesión cristiana en las ideologías de quien la combate, y dar a las cuestiones humanas soluciones amargas, ilusorias, y quizás también, a la postre, antisociales y antihumanas.

Torna a la memoria y al corazón el himno de san Pablo a la caridad: "Si, hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retine... La caridad es longánime, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha, etc. La caridad jamás decae..." (I Cor. 13).

La caridad, he ahí la síntesis de nuestra vida moral. Pensémoslo.

Con nuestra bendición apostólica."

¿Qué es realmente un Apóstol?

Si hemos de decir francamente la impresión que nos hacen aquellos hombres que conocemos por los relatos y declaraciones del Nuevo Testamento, apenas podemos decir que, vistos desde un punto de vista humano, pueden calificarse de grandes o geniales. Acaso no llegaremos ni a llamarles “grandes personalidades religiosas”, si es que por ello entendemos la disposición natural, que, al fin, es un talento como todos los otros. Podría hacerse una excepción al hablar de San Juan y San Pablo, pero nos exponemos también a una falsa interpretación de su personalidad, si la contemplamos desde este punto de vista.

No prestamos ningún servicio al apóstol considerándole “una gran personalidad religiosa”. Este es el primer pretexto que encuentra la incredulidad. Lo que caracteriza al apóstol no es su valor humano, su actividad espiritual, creadora de fuerte influencia religiosa, sino la llamada de Jesucristo, que le ha conferido un sello indeleble y confiado una misión. “No me escogisteis vosotros a mí, antes yo os escogí a vosotros, y os destiné para que vayáis y llevéis fruto” (Juan 15, 16). El apóstol es, pues, según estas palabras de Jesús, el enviado. No habla de por sí y en su propio nombre. Claramente se desprende de la primera Epístola a los corintios, en la cual San Pablo distingue entre “lo que dice el Señor” y lo que él, Pablo, piensa personalmente. En el primer caso, ordena; en el segundo, aconseja (7, 2). El apóstol no habla en su propio nombre, sino en el de Jesucristo. No es su propia “ciencia” y “experiencia” lo que le inspiran, sino la palabra de Dios y la misión que de ella dimana. Está lleno de Jesucristo, saturado de su pensamiento. El Señor es el contenido de su vida. El lo lleva, pero no por la virtud de su propia experiencia personal, sino porque el Señor le ha escogido para ello: “Id, pues, y adoctrinad a todas las gentes... Enseñándoles a guardar todas cuantas cosas os ordené” (Mateo 28, 19-20).

Por esto podríamos decir casi que la insignificancia o falta de grandeza y talentos excepcionales de los apóstoles son garantías y salvaguardas de la verdad; Jesús dice: “Yo te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te plugo” (Mateo 11, 25-26). Es una explosión de júbilo, provocada por un inefable misterio del amor y la potencia creadora de Dios. Esta misma ley vale también para el

apóstol. Y gracias a ello queda salvaguardada la pureza de lo que el apóstol es realmente ante Dios.

¡Cuán difícil es existir y vivir aceptando no ser nada y que Cristo lo sea todo! Ser el portador imperfecto de un contenido tan elevado, ser el mensajero y quedarse siempre en último término, renunciar a la sencilla conformidad con el propio yo, consecuencia de la unanimidad entre el cuerpo, el corazón y el espíritu cuando éstos coinciden al hacer algo o defender una opinión. Lo comprendemos mejor leyendo la primera Epístola de San Pablo a los corintios, de este apóstol que sintió profundamente la grandeza al par que la oscuridad de la vida del apóstol: “¿Ya estáis llenos? ¿Ya estáis ricos? ¿Sin nosotros habéis logrado el reino? Ojalá que lo hubiérais logrado, para que también nosotros con vosotros reináramos. Porque, a lo que pienso, Dios a nosotros, los apóstoles, nos ha asignado el último lugar, como a condenados a muerte, pues hemos venido a ser espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Hemos venido a ser necios por amor a Cristo; vosotros sabios en Cristo; nosotros, débiles; vosotros, fuertes; vosotros, ilustres; nosotros, viés. Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez; somos abofeteados y andamos vagabundos, y penamos trabajando con nuestras mancs; afrentados, bendecimos, y perseguidos, lo soportamos; difamados, respondemos con afabilidad; hemos venido a ser hasta ahora como desecho del mundo, como estropajo de todos”. (I Corintios 4, 8, 13).

De Romano Guardini
Extractado de la obra “El Señor” Tomo I.

Por la Autoridad Civil

Si tu poder
se trasmite a los servicios públicos
a través de nosotros, el pueblo
no nos deberían impulsar nuestras
amargas quejas
hacia el examen de conciencia...
¿y la acción?

Amén.

EVANGELIO (Domingo 15 de octubre)

"En aquel tiempo, Jesús habló otra vez en parábolas a los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo, diciendo: "El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba las bodas de su hijo. Envío entonces a sus servidores para avisar a los invitados, pero éstos se negaron a ir. De nuevo envió a otros servidores con el encargo de decir a los invitados: "El banquete está preparado, ya han sido matados mis terneros y mis mejores animales y todo está a punto: Vengan a las bodas". Pero ellos no tuvieron en cuenta la invitación y se fueron, uno a su campo, otro a su negocio, y los demás se apoderaron de los servidores, los maltrataron y los mataron.

Al enterarse, el rey se indignó y envió a sus tropas para que acabaran con aquellos homicidas e incendiaran su ciudad.

Y luego dijo a sus servidores: "La fiesta está preparada, pero los invitados no eran dignos de ella. Salgan a los cruces de los caminos e invien a todos los que encuentren". Los servidores salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos, y el salón se llenó de convidados. Entonces el rey entró para ver a los comensales y encontró a un hombre que no tenía el traje de fies a "Amigo, le dijo, ¿cómo has entrado aquí sin el traje de fiesta?" El otro permaneció en silencio. Entonces el rey dijo a los guardias: "Atenlo de pies y manos, y arrójelo afuera, a las tinieblas, donde habrá llantos y rechinar de dientes". Porque muchos son llamados, pero pocos son elegidos)." (S. Mateo 22, 1-4). Palabra de Dios.

CONVIDADOS DEL REINO

Para los oyentes de Cristo ninguna fórmula resultaba más familiar que la de Reino de Dios. Pues, ella será el punto de referencia utilizado preferentemente en los Evangelios como el más apto para despertar sostenida atención y vibrantes esperanzas en el ánimo de los oyentes. Esta imagen, que la encontramos en boca de los Profetas, Cristo la retomará, pero depurada y vaciada de toda excrecencia material y grosera, y de las deformantes preocupaciones nacionalistas. Reino de Dios, Reinado de Dios o Reino de los Cie-

los: estas tres expresiones equivalentes del Evangelio pretenden describirnos los maravillosos desgnios de Dios que invita a la humanidad al gran banquete del Reino, preparado con esplendor para festejar la iniciación de la era mesiánica, previo pacto de reconciliación entre cielos y tierra. De acuerdo a sus términos y al ocurrir el arrepentimiento de la criatura humana, Dios, luego de otorgar el perdón, interviene en la persona del Hombre-Dios, para concertar con nuestra raza una nueva y eterna alianza fundada en mutuo amor. Esta

noción básica del Reino de Dios puede referirse a cualquiera de las varias dimensiones o etapas del mismo, según consideremos el "Reino" en su epílogo eterno o en su desarrollo temporal, en la intimidad de las almas o en su aspecto visible. El Reino de Dios se instala en las almas mediante la libre subordinación a la ley de Dios, Creador y Salvador; se asienta en el mundo por el establecimiento y el desarrollo progresivo de la sociedad eclesial de las almas; y adquiere su plenitud en el más allá, con la misión definitiva de los elegidos con Dios, merced a su incorporación en la Iglesia triunfante. En su forma definitiva los elegidos e invitados del Reino, —es decir, todos los que acepten el ofrecimiento universal de Dios,— compartirán con El la gloria eterna.

La elaboración del Reino de Dios en el presente, —porque nos atañe directamente y nos compromete— ocupa en el Evangelio un lugar preferente; es el don, el regalo de Dios que el Mesías nos quiere descubrir: lo que es Dios para su criatura, lo que hace por nosotros, lo que con nosotros quiere hacer: promovernos a la condición de hijos de Dios, dando a nuestras relaciones y manifestaciones, tónicas y ternuras de hogar. Nuestra filiación divina no es una simple metáfora con transportes de emoción, San Juan, el predilecto, estampará en su Evangelio una frase de fuego: "Nos llaman y somos hijos de Dios". Y, si, juntando nuestras manos, nos entregamos a la oración, separándolas, para estrechar en fuerte abrazo a quienes y con nosotros comparten tan sublime prerrogativa, seguimos adorando y amando al Padre. Con esto queda mencionado el tercer aspecto del Reino de Dios, es decir, la familia de los hijos de Dios. Muy cierto, es que con frecuencia no nos

es posible descubrir los lazos familiares, pues, sólo Dios puede ver en cualquier punto de la tierra aquellas almas en las que encuentra asiento su Reino. Sin embargo, merced a las indicaciones precisas dejadas por el Maestro, podemos discernir los lineamientos del reino visible, dentro del cual quiso Cristo agrupar a los suyos. Será la pequeña grey, regida por pastores por El designados: será "su Iglesia" establecida para que lo perpetúe en el tiempo, y lo extienda en el espacio: organismo humano, del que para siempre seguirá siendo el Jefe divino en prefiguración de su reino glorioso.

Sea cual fuere la etapa de nuestra preferencia entre las tres que se han mencionado en relación al Reino de Dios, los personajes alegóricos de la parábola de hoy ocultan, o si preferís, señalan a los mismos protagonistas: Dios, el Mesías y la humanidad, participantes del grandioso banquete, para celebrar el encuentro nupcial de un Dios que se humaniza y del hombre que es divinizado. Los gastos de la fiesta corren por cuenta del espléndido anfitrión. Las órdenes parten apretadas y categóricas: becerros cebados, vinos abundantes y finos, cantores y músicos, que todo es poco para un acontecimiento tan feliz. Ya todo listo, que entren todos: hay asientos para los que quieran compartir la dicha del Padre por haber recuperado a su "pequeño", "que había muerto y está resucitado; se había perdido y se ha hallado". Ulterior desarrollo de este tema nos lleva a lo inverosímil; pero "los pensamientos de Dios en nada se parecen a los nuestros". El becerro cebado e inmolado para los redimidos es el Salvador en persona, que cada día da su cuerpo en comida y su sangre en bebida. Como si no bastara el don de la

Eucaristía, Cristo desconcierta nuestra razón ordenándonos que la comamos." "Cosa maravillosa"... En el Sacramento del Altar el Maestro, el Señor, el Omnipotente se convierte en manjar nuestro. Quién se animará a comerlo? **Pauper:** el hombre sin virtudes, sin energías, sin voluntad. **Sersus:** el delincuente, a quien

tanto le cuesta romper las cadenas que lo paralizan, esclavo de sus hábitos. **Humillis:** caído de su pedestal y que se ha revolcado en el lodo. Una sola explicación para tanta prodigalidad: Dios que nos ama; por eso nos enriquece, desata nuestras cadenas, nos levanta de nuestra postración con un sacramento de amor.

Por los solitarios

Es terrible sentirse solo, Señor.

A veces

aun en una habitación abarrotada
me siento solo.

Presiento que el mundo está lleno
de gente solitaria

sentada en los bancos del parque
o en los taburetes del bar

en el cine
y en las tertulias.

Mi vecino

tampoco ha llamado jamás a mi puerta.

¿Por qué ha de ser así, Señor.

Ayuda a tus solitarios

a salir fuera de sí.

Si no temiéramos tanto

sufrir heridas en el proceso,
verdaderamente querríamos

llegar a conocer

y responder mejor al prójimo.

Dame fuerza para afrontar el riesgo.

La herida no puede ser peor

que esta terrible sensación de soledad.

Ayúdanos, oh Dios,

a sobrellevar nuestra soledad

a compenetrarnos

y a unirnos a Ti.

Amén.

EVANGELIO (Domingo 22 de octubre)

En aquel tiempo, los fariseos se reunieron para sorprender a Jesús en alguna de sus afirmaciones. Y le enviaron a varios discípulos con unos herodianos, para decirle: "Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas con toda franqueza el camino que conduce a Dios, sin tener en cuenta la condición de las personas, porque tú no te fijas en la categoría de nadie. Dinos, entonces, ¿te parece que se debe pagar el impuesto al César o no? Pero Jesús, conociendo su malicia, les dijo: "Hipócritas, ¿porqué me tienden una trampa? Muéstranme la moneda con que pagan el impuesto". Ellos le presentaron una moneda de plata. Y él les preguntó: "De quien es esta figura y esta inscripción?" Le respondieron: "Del César". Entonces Jesús les dijo: "Den al César lo que es del César, y a Dios, lo que es de Dios." (S. Mateo 22, 15-21). Palabra de Dios.

PRINCIPIO DE CONVIVENCIA

Los que analizamos las escenas y las enseñanzas evangélicas a través de sus dos milenios de historia, descubrimos realidades más extraordinarias que los testigos presenciales. Las palabras dichas ante un puñado de oyentes se han expandido en resonancias sin fin, convertidas en inagotable reserva de moral universal y realizadas al pie de la letra con una fidelidad y una exactitud infalibles. El enfrentamiento de Cristo con quienes a todo trance lo quieren perder, comprometiéndolo ante la autoridad romana bajo la acusación de revolucionario y agitador peligroso, ha sido estereotipado por los tres primeros evangelistas, y su relato pone de manifiesto por una parte, la intriga, urdida con refinada astucia, y por otra, la aguda penetración de Cristo para descubrir la trampa y la brillante e ilevantable réplica que hará época y pasará a la historia como fórmula sencilla, fecunda y poderosa, que en sí encierra toda la ley

de las sociedades humanas, cuya evolución sólo será posible en un armonioso consorcio de la autoridad y de la libertad. Hemos de reconocer que era imposible dadas las circunstancias políticas existentes, complejas y espinosas, proponer a Jesús un interrogante más perverso y venenoso que el relativo al impuesto romano; enardecía y apasionaba al pueblo, sobre todo al galileo, con reputación adquirida de feroz defensor de su independencia; y este asunto se confundía indirectamente con sus quemantes aspiraciones de libertad frente a los atropellos del invasor romano. Se trataba de un verdadero caso de conciencia que los altos personajes, vapuleados por el Galileo, le formulaban delante de un auditorio cuidadosamente seleccionado, que sirviera, llegado el caso, de testigo, y que en el trance aquel actuaría de árbitro y juez. Para un maestro de su categoría no había, pues, subterfugios ni escapatorias po-

sibles; una respuesta para salir del paso, tampoco sería digna de su calidad y de su honestidad reconocida, ni de la expectativa apasionada de un auditorio exigente.

Dos monedas circulaban a la sazón en el territorio nacional: profana una y sagrada la otra. La primera simbolizaba el derecho temporal y político de la autoridad civil; mientras la segunda señalaba y reconocía el derecho de Dios. De esta doble significación se valió Cristo para enunciar con fórmula histórica uno de los principios más ignorados a pesar de su importancia y de su necesidad: el de la distinción de las dos sociedades a que normalmente pertenece el hombre, con las correspondientes obligaciones que de tal circunstancia se derivan. Por su dimensión temporal, vive vinculado a la sociedad humana y relacionado a la misma, siendo súbdito de una estructura política; mientras que por su dimensión espiritual, dotado de vida interior y de conciencia, escapa al poder temporal para pertenecer a una sociedad religiosa y declararse vasallo de Dios.

Llama la atención y no sin razón, el preámbulo susancioso y singularmente halagador con que se abre el famoso incidente; tratándose de un Maestro que no fuera Cristo, hubiera creado ilusiones. En este caso, como en otros, el interpelado demuestra total indiferencia para esta clase de cumplimientos. Y andarían de medio a medio equivocados los interpelantes ocasionales si creyeron envanecer a Cristo con esa celada infantil y grosera. Impasible y dueño absoluto de sus reflejos, el Maestro dirige su penetrante mirada hacia los miembros del Sanedrín, que se mantienen alejados y discretamente disimulados entre el auditorio para que nadie sospechara de donde venía la ofen-

sa y de donde procedía la pedrada. Señalados los destinatarios con certero apóstrofe, quedan descubiertos ante la opinión pública los autores de la intriga; la zorrería, la hipocresía, la malicia brotan a la vista de todos, como pús asqueroso, por la herida abierta con agudo bisturí. Cristo domina de entrada la situación y ordena que le traigan una moneda, pues necesita verla, con lo que mantiene en suspenso dramático el ánimo de sus detractores y también del pueblo sencillo que quiere definiciones terminantes y claras en asunto de tanto interés. Su sangre fría, la forma alta y noble con que descubre la estratagema de sus enemigos, tuvo sin duda alguna la virtud de atraerle las simpatías de los asistentes. ¿Qué haría Cristo con la moneda que quiere ver? No está en su manera de ser el conformarse con un rechazo del ataque que se le dirige. Fue siempre su propósito y su conducta instruir al pueblo. Se le planteaba un caso intrincado de moral; pues, pretenderá darle una solución de fondo, y establecer principios de justicia en esta materia, como en cualquier otra. El desenlace de la escena es de una cadencia arrolladora: llega la moneda, y, puestas las partes de acuerdo sobre su titularidad, se produce la sentencia clara, nítida, irrefutable, formulada por el Señor y rubricada por las expresiones admirativas de los oyentes que no pueden reprimir su entusiasmo ante la oportunidad extraordinaria de la respuesta y su exactitud material en lo que concierne a la obligación inscrita en el denario romano. Para nosotros existe otro motivo de asombro: y es que la contesación de Cristo abre nuevos horizontes para la conducta política de los pueblos, traza una demarcación inconfundible entre los deberes de orden político-social y entre los deberes de orden

religioso, estableciendo una ley universal, válida para todos los tiempos y para todos los lugares, y que ha hecho época en la historia: la ley de una leal subordinación en todo aquello que sea del dominio del Estado, y el principio de una irreductible rebeldía frente a las exigencias abusivas de un Estado déspota, para defensa de los derechos sagrados e inalienables de la conciencia. Desde este pun-

to de vista pocas palabras habrá en la historia que tengan la importancia de la que nos recuerda el Evangelio. Proclama la distinción absoluta entre la Religión y el Estado. El reino espiritual fundado por Cristo no se confundirá con los de la tierra. Vivirá y se desarrollará entre ellos, pero respetando lealmente sus derechos y penetrándolos de la justicia y de la paz evangélicas.

Por los pobres y hambrientos

Padre,
es fácil olvidar
a los pobres y a los hambrientos,
a los que sienten frío y a los enfermos.
Yo tengo un abrigo-caliente
un hogar confortable,
agua corriente, comercios cercanos,
un empleo seguro.
Lo que tengo no es mío
sin obligaciones para con los demás.
Pero si sólo supiera
que las ataduras son lazos de amor,
no sería tan arduo
compartir
mi tiempo, mi atención, mi respeto
con los que Tu amas
(¡como si Tu no amaras a todos!)
y recibir así,
aun sin buscarlo
un nuevo aprecio
de la dignidad
de los que sufren.
Tus bendiciones no son inertes.
Si las dejamos actuar,
nos impelen a la acción.

Amén.

LITURGIA (I)

La obra de la salvación, continuada por la Iglesia, se realiza en la Liturgia

Continuamos seguidamente con el análisis y comentario de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia; del Concilio Vaticano II.

Artº 6º "Por esta razón, así como Cristo fue enviado por el Padre, El a su vez envió a los apóstoles, llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura (cf. 16, 15) y a anunciar que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos libró del poder de Satanás (cf. Hechos 26, 18) y de la muerte y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban mediante el sacrificio y los sacramentos en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica. Y así, por el bautismo los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con El (cf. Rom 6, 4; Efesios 2, 6; Colosenses 3, 1; 2 Timoteo 2, 11); reciben el espíritu de adopción de hijos, por el que clamamos: **Abba! Padre!** (Romanos 8, 15), y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre (cf. Juan 4, 23). Asimismo, cuantas veces comen la cena del Señor, proclaman su muerte hasta que vuelva (cf. 1 Corintios 11, 26). Por eso el día mismo de Pentecostés, en que la Iglesia se manifestó al mundo, los que recibieron la palabra de Pedro fueron bautizados. Y con perseverancia escuchaban la enseñanza de los apóstoles, se reunían en la fracción del pan y en la oración..., alababan a Dios, gozando de la estima general del pueblo (Hechos 2, 41-47). Desde entonces la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual: leyendo cuanto a él se refiere en toda la Escritura (Lucas 24, 27), celebrando la Eucaristía en la cual "se hace de nuevo presente la victoria y el triunfo de su muerte", y dando gracias al mismo tiempo a Dios por el don inefable (2 Corintios 9, 15) en Cristo Jesús, para alabar su gloria (Efesios 1, 12), por la fuerza del Espíritu Santo."

Sería un error creer que la economía de la salvación constituye una especie de realidad histórica y profética cerrada en sí misma, que existió una vez por siempre y a la cual vendría a añadirse desde afuera como apéndice una economía sacramental instituida a propósito para representar-

la y comunicarla. La economía de la salvación es intrínsecamente sacramental, dada su realización histórica y única. Al final del art. 5 dedicado a la economía de la salvación, el tema de la Iglesia naciendo del costado abierto del crucificado sirve de transición al art. 6 sobre la economía

eclesial, litúrgica. Hay continuidad entre estas dos economías —o mejor dicho ellas no son más que una— dado que así como Cristo fue enviado por el Padre, El a su vez envió a sus Apóstoles. La misión de ellos es doble, como la de Cristo: primero anunciar la buena nueva de la salvación mediante la Pascua; pero también ejercerla por medio del sacrificio y los sacramentos en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica. Así la liturgia no es una simple guirnalda para adornar esas realidades eficaces que son el sacrificio y los sacramentos. Estos son los dos polos de la liturgia. Se puede decir son la liturgia misma. Aunque esta afirmación parezca exceder el contenido del presente texto, está ciertamente confirmada por la definición expresa del artículo 7: con razón entonces se considera a la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo.

Partiendo de los dos sacramentos mayores se prueba enseguida, cómo nos hacen partícipes de la obra salvífica. Por el bautismo los hombres son injertados en el misterio pascual, como lo vemos no solamente en Romanos 11, 17-24 de donde viene la comparación del injerto, sino más aún en Romanos 6, 4-5 que señala la significación pascual del rito bautismal de inmersión-emersión el cual nos configura a la muerte y a la resurrección salvadora. Además el artículo cita aquí a Romanos 8, 15: "El bautismo no sólo nos configura a Cristo; no sólo nos une de una manera vital, aunque quizás inconsciente, a su gracia de Hijo, sino que nos comunica el Espíritu filial, y por eso nos asocia al culto perfecto dado por Cristo a su Padre. El sacramento del bautismo no nos une únicamente a una economía de salvación, sino que también, y al mismo tiempo a una economía de alabanza

y de culto: engendra los verdaderos adoradores que busca el Padre.

En una frase, tomada de San Pablo, se recuerda este doble aspecto de salvación y de culto en lo que concierne a la Eucaristía: al comer la Cena del Señor los fieles p'cedaman su muerte.

Estos dos sacramentos son tan esenciales a la vida y a las manifestaciones de la Iglesia, que su celebración comienza el día mismo en que la Iglesia se manifestó al mundo. No se dice: en que la Iglesia nació, puesto que, como lo hemos visto al fin del artículo 6, este nacimiento tuvo lugar en el Calvario. Así como la Epifanía manifiesta a las naciones el misterio de la natividad del Verbo Encarnado, por la misión del Espíritu Santo, (cuando el bautismo de Cristo), el día de Pentecostés manifiesta a las naciones por el envío del Espíritu Santo, el misterio pascual, en particular respecto de la Iglesia. Esta manifestación debía ser sacramental: después de la predicción de Pedro se bautizan los primeros fieles, y forman esta comunidad primitiva cuyo foco vital es la eucaristía. En el mosaico de textos que nos lo recuerdan, hay que notar el valor constante de este paralelismo: el anuncio del misterio por la palabra, y su realización por el sacramento.

Esta institución inicial persevera en toda la vida de la Iglesia: desde entonces la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual, y esta celebración se hará a través de dos acciones: la lectura de la Palabra de Dios y la celebración eucarística. Pero la una y la otra no tienen solamente un enfoque antropocéntrico, al hacernos partícipes de la obra salvífica: tienen a la vez un enfoque teocéntrico, porque constituyen un culto de acción de gracias y de alabanzas.

Extractado del artículo de A. M. Roguet en La Maison Dieu N° 77.

EL BAUTISMO DE LOS NIÑOS

Va a nacer un niño... Todo está listo: la cuna, la ropa, los biberones. Y ya, antes del mismo nacimiento, los futuros padres piensan en el bautismo de su hijo. Quieren prepararse para el mismo. Tienen razón.

El bautismo no es sólo un problema de ropa blanca y de la fiestita. Es un acontecimiento tan profundo y misterioso como el mismo nacimiento. Es un nuevo nacimiento.

Para que los padres puedan prepararse a él, la Iglesia pide que se deje pasar un cierto tiempo (algunas semanas) entre el pedido del bautismo y la ceremonia del mismo. Este plazo permitirá a los padres tomar contacto con el párroco y también con otros padres cristianos, a fin de reflexionar en común sobre este bautismo, sobre su significado, su profundidad y sus exigencias.

¿Por qué bautizar este niño?

Si los padres tienen razón para querer el bautismo de sus hijos, es bueno que también sepan el por qué. Pueden preguntarse qué motivos les impulsan a querer este bautismo. ¿Porque es tradición en la familia? ¿Porque un nacimiento se festeja así? ¿Porque la abuelita lo exige con insistencia? ¿Porque de este modo ya está todo en regla (por si pasa algo...)? ¿Porque le puede traer la felicidad? ¿Porque no se quiere que sea igual que un perrito?

Entre todos estos motivos no todo, claro está, es falso. Pero es insuficiente... ¿Cuáles serían, entonces, los verdaderos motivos? O dicho de otro modo ¿Qué es el bautizar?

Un nuevo nacimiento

Un recién nacido es tan pequeñito..., se diría que es un juguete... Pero es algo verdadero, real, es un ser viviente. Se mueve, abre los ojos... Más tarde será mecánico, piloto, escritor... Un cierto dinamismo está escondido en él: la vida. Aunque pequeño, él es ya, por tanto, alguien, una "persona", que manifestará pronto su capacidad de pensar y de decidir por sí mismo, libremente.

Y sin embargo, esta vida que se despierta en él, no le es suficiente. Le alcanzará para comer, beber, dormir, trabajar, ir a pescar, envejecer dulcemente y morir... Pero él ha nacido para mucho más. Ha nacido para vivir con Dios, en Dios, siempre. Ha nacido para una vida "divina".

Esta vida es la expansión de su vida humana hasta la comunión íntima con Dios. Y eso no puede venirle sino de Dios mismo. Se convertirá entonces en hijo, no sólo de los hombres, sino también Hijo de Dios. Esto es lo que hace el bautismo.

El bautismo es un nuevo nacimiento, un nacimiento a la vida divina.

Un baño que purifica

Desde el momento mismo en que un niño nace, se le lava en el agua, se le baña para que esté completamente limpio, lleno de salud y de vida. Se procura quitarle toda mancha, todo mal. Pero se querría también que su corazón fuera purificado de todo mal, de toda mezquindad, de toda mancha... Que no haya en él nada malo.

Pero nacemos heridos por el pecado. Hay algo en nosotros viciado desde un principio que hace que en lugar de dirigirnos espontáneamente hacia Dios nos alejemos aún más de El. De este vicio sólo Dios puede librarnos, purificarnos, curarnos. Esto es lo que hace el bautismo.

El bautismo es un baño espiritual que nos libera de una misteriosa pertenencia al mal y nos llena de salud para vivir con Dios. Por el bautismo, dice san Pablo, somos sumergidos en la muerte de Cristo (como un baño que lava del pecado), y elevados en su resurrección (revigorizados, llenos de vida divina). Es en efecto, por su muerte en la cruz y su resurrección, por la que Jesús nos ha adquirido el perdón de nuestras faltas y el acceso a la vida eterna. Ha pasado de la muerte a la vida. Uniéndonos íntimamente con El, el bautismo nos hace pasar, de este modo, de la muerte, lejos de Dios (el pecado y sus consecuencias) a la vida con Dios (desde ahora y para siempre).

La entrada en la Iglesia

Con su nacimiento, el niño recibe algo más que la vida: recibe también una familia, el amor de todos los que lo rodean... No está sólo.

Tendrá amigos, profesores, vecinos, un país... Es hombre entre los hombres, ciudadanos del mundo.

Del mismo modo, al convertirse en hijo de Dios por su bautismo, este niño va a entrar en una nueva comunidad: la Iglesia. Se va a convertir en "cristiano", emparentado con Cristo, vitalmente unido a El, miembro de un inmenso Cuerpo, cuya Cabeza es el mismo Cristo. De esta manera vivirá entre muchos, no sólo su vida humana sino también su vida divina, porque no se es cristiano solo. Los apóstoles eran doce. La Iglesia está formada por muchas comunidades, y forma ella misma una gran comunidad, que tiene como ley suprema el mandamiento del Señor: "Amaos unos a otros; sed todos uno como mi Padre y yo somos uno".

Así, al mismo tiempo que es un nuevo nacimiento y un baño espiritual, el bautismo es una entrada en la Iglesia.

El sacramento de la fe

De suerte que los padres piden el bautismo para su hijo, porque quieren para él algo más que la vida humana: quieren el pleno desarrollo de esa vida hasta la comunión íntima con Dios, para siempre, en Jesucristo. El verdadero motivo que les inspira es, por lo tanto, su fe; y quieren esta misma fe para su hijo. Pero, se dirá, este niño es demasiado pequeño para creer personalmente en Jesucristo... Es cierto. Sin embargo, la fe va a ser en él como un germen vivo que irá creciendo poco a poco. Y un día, cuando tenga la edad de comprender y de creer, él mismo se adherirá personal y conscientemente a Cristo.

Pero, se objetará aún, ¿por qué no esperar hasta que él mismo tenga la edad de elegir?... A esto se puede responder con una comparación: ¿esperan los padres a que el niño tenga edad de elegir, para enseñarle a caminar, a leer, a contar? No. Saben muy bien que todo eso es indispensable para su desarrollo. De la misma manera ven en el bautismo y en la vida cristiana lo mejor que puede dársele. Esperar sería privarlo de todo aquello que saben es lo mejor pa-

ra él... Mas aquí es donde aparece la responsabilidad de los padres y la tarea maravillosa, pero exigente, en la que están empeñados. Por el bautismo su hijo recibe la fe como un germen, pero que deberá crecer, expandirse, a medida que su inteligencia y su corazón se vayan despertando. En esta tarea los padres deberán ser ayudados por catequistas, etc. Pero lo que influirá sobre todo será su vida cristiana de todos los días.

(De Bernardo Recaredo García O. S. B. Publicado en Revista Litúrgica Argentina N° 226)

Por los Ancianos

Han corrido, Señor,
un largo camino,
Y su viaje
no ha hecho más que empezar.
Han gustado
de alegrías
y tristezas.
Han hecho amigos
y, desgraciadamente, algunos enemigos.
Aquí han tenido éxito,
Allí han hallado fracaso.
Pero se han esforzado.
Dijeron que se arrepentían
De ciertas cosas que pasaron.
Yo les creo.
Lo que es más importante,
Tu también les crees.
Sé con ellos, Padre compasivo
cuando los llares a tu casa.

Amén.

SABER ESCUCHAR...

¿Sabemos escuchar; en realidad escuchamos...? ¿Es que esto tiene alguna importancia para nosotros? En el trepidante mundo en que vivimos probablemente el escuchar es considerado una actitud pasiva... cuesta, además, concentrar la atención, la imaginación se dispersa. Pero Dios nos habla, a todos y a cada uno de nosotros en particular. Es imprescindible oírle, escucharle. Debemos saber cómo hacerlo.

"De una manera fragmentaria y de muchos modos *habló* Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha *hablado* por medio de su Hijo..." (Hebreos I, 1-2).

Hoy, Dios dirige su Palabra a cada uno de nosotros y a su Pueblo reunido para celebrar los misterios de la salvación.

¿Por qué, entonces, no escuchamos con avidez espiritual esa Palabra que nos interpela, en las lecturas de la Misa, por ejemplo?

La primera dificultad reside, tal vez, en que no creemos, de una manera vital y efectiva, que esa Palabra de Dios es Palabra que se dirige a nosotros, que se dirige a mí, personalmente. La otra dificultad es de índole humana: es difícil escuchar, saber escuchar y sobre todo cuando se trata de una lectura se hace aún más difícil: la imaginación se dispersa, la captación cuesta... Y más le cuesta al hombre de hoy acaparado por el quehacer, el ruido, la técnica.

Sentarse, escuchar, dejar que esa Palabra oída penetre en lo hondo del corazón.

Se infravalora el escuchar, se lo considera actitud pasiva, y el hombre cree que se realiza más en la acción directa. Por eso no le da al escuchar en un sentido amplio y tampoco al escuchar en su vida de cristiano, todo el valor que tiene, todo lo que implica de actitud activa, vigilante, de disponibilidad de la voluntad, de salir de sí, de acallar su interior para atender, no sólo con sus facultades auditivas, sino con toda su vida y abrirse a esa Palabra que le es dirigida.

Hace unos años, todos seguíamos la Misa con nuestro Misal y leíamos los textos de la Epístola y del Evangelio mientras el Celebrante lo hacía en el altar. Ahora que no tenemos esos textos tan a mano tendríamos que educarnos en el arte de escuchar. Pero estamos interiormente tan repletos de cosas, de preocupaciones, de inquietudes. Es necesario aligerar el corazón, purificarlo de todo lo que

lo mancha o lo hace opaco, chato, sin resonancia. Este ya es buen paso para disponernos a escuchar. Es necesario también, reconocernos pobres, indigentes, necesitados de Dios, de que El nos enseñe sus caminos, nos l'eve de la mano por la senda de la vida, de la verdadera Vida. Si estamos seguros de nosotros mismos, de saber ya perfectamente dónde está nuestra meta y la solución de nuestro gran problema: el de la salvación, entonces no estamos aún en disposiciones de escuchar. Penetremos en la Historia de la Salvación y oigamos como resuena esta Palabra a lo largo de la Escritura:

"Escucha, Israel, los preceptos y las normas que yo pronuncio hoy a tus oídos. Apréndelos y cuida de ponerlos en práctica. (Dt. 5.1)

"Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón que Yahveh es el único Dios. (Deut. 4. 39).

"Escucha pueblo mío mi enseñanza, inclínate el oído a las palabras de mi boca (Sal. 77-78) 1).

El Señor Jesús hace suya esta vertiente del Antiguo Testamento y la convierte en vino nuevo. Al acercársele un escriba y preguntarle ¿cuál es el primero de los mandamientos?. Jesús le contestó con la misma palabra del Deuteronomio:

"El primero es: Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único

Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas" (M. 12, 29).

El sentido hebraico de la palabra *escuchar*, acoger la Palabra de Dios, no es sólo prestarle oído atento sino abrirle el corazón (Cfr. Hechos, 16. 14), ponerla en práctica (Mt. 7, 24 y sig.), es obedecer.

"Hay dos maneras fundamentales de oír la Palabra de Dios, de entenderla y de asimilarla. La primera podrá definirse la *escucha exterior*, escolar, catequística, culmera podría definirse la *escucha interior*. No basta conocer... hace falta acoger el anuncio, el mensaje del Evangelio, y no sólo con el oído material, sino haciéndolo savia del propio ser, manantial primario de la propia vida, reflexionando sobre todo cuanto ha dicho Jesús" (1).

"El Señor habla ciertamente en tono grave y solemne. pero también suave y dulce; habla para quien quiere *escuchar*. En cambio para los demás que se distraen por el predominio de una multitud de clamores, su voz queda fácilmente sofocada y se pierde. Acostumbrémonos, pues, a distinguir... la única, auténtica, salvadora Palabra del Señor." (2)

La Confirmación: Nuevos Ritos Obligatorios desde 1973

Transcribimos seguidamente el texto de la Constitución Apostólica "Divinae Consortium Naturae" sobre el sacramento de la Confirmación, promulgada por el Papa Pablo VI el 15 de agosto del año pasado. La aplicación de los nuevos ritos de este sacramento, que nos hace testigos de Cristo y defensores intrépidos de la Fe, será obligatoria a partir del 1º de enero de 1973. La traducción castellana de este documento ha sido tomada de "Eclesia".

La participación de la naturaleza divina, que los hombres reciben como don mediante la gracia de Cristo, revela una cierta analogía con el origen, el desarrollo y el alimento de la vida natural. En efecto, los fieles, renacidos en el santo bautismo, son robustecidos por el sacramento de la confirmación y, posteriormente, son alimentados con el manjar de la vida eterna en la eucaristía, de suerte que, por medio de estos sacramentos de la iniciación cristiana, están en disposición de gustar cada vez más y mejor los tesoros de la vida divina y progresar hasta la consecución de la perfección de la caridad. Con toda justicia, han sido escritas al respecto estas palabras: se lava la carne, para que el alma sea purificada; se unge la carne, para que el alma sea consagrada; se marca la carne, para que también el alma sea vigorizada: la carne es cubierta por la imposición de las manos para que el alma sea iluminada por el Espíritu; la carne se alimenta del Cuerpo y de la San-

gre de Cristo para que también el alma pueda nutrirse de Dios.

El Concilio Ecuménico Vaticano II, consciente de sus finalidades pastorales, ha hecho objeto de particular cuidado y atención estos sacramentos de la iniciación, ordenando que sus ritos fuesen sometidos a la oportuna revisión, a fin de que se adaptasen mejor a la capacidad de comprensión de los fieles. Toda vez que ya ha entrado en uso litúrgico el rito del bautismo de los niños, en la nueva forma preparada por disposición del mismo Sínodo universal y publicada por nuestra autoridad, consideramos conveniente publicar ahora el rito de la confirmación, a fin de que aparezca con mayor claridad la unidad de la iniciación cristiana.

Dicho sea en honor de la verdad, a la revisión de las modalidades de la celebración de este sacramento se ha dedicado a lo largo de estos años, un inmenso y cuidadoso trabajo, cuya intención era obviamente la de procurar que apareciese con más claridad

dad la íntima conexión de este sacramento con todo el ciclo de la iniciación cristiana. Ahora bien, el vínculo que une la confirmación con los demás sacramentos del mismo ciclo no sólo se manifiesta abiertamente por el hecho de que los ritos están mejor coordinados entre sí, sino que aparece también por los gestos y las palabras, con los que se administra la confirmación. Resúla, en efecto, de ello, que los ritos y las palabras de tal sacramento expresan con más claridad las realidades santas, significadas por ellos, y el pueblo cristiano, en la medida de lo posible, debe tratar de llegar a comprender fácilmente su sentido y a participar en él con una celebración plena, activa y comunitaria.

A este fin, hemos deseado que, en este trabajo de revisión fuesen incluidos también aquellos elementos que pertenecen a la esencia misma del rito de la confirmación, en el cual los fieles reciben como don al Espíritu Santo.

El don del Espíritu Santo.

El Nuevo Testamento ilustra perfectamente cómo asistía el Espíritu Santo a Cristo en el cumplimiento de su función mesiánica. Jesús, en efecto, tras haber recibido el bautismo de Juan, vio que descendía sobre El el Espíritu Santo (cfr. Marc., 1, 10), el cual permaneció sobre El (cfr. Jn., 1, 32). Siempre fue impulsado por el mismo Espíritu al iniciar públicamente su ministerio de Mesías, fado en su presencia y en su ayuda. Cuando Jesús impartía sus saludables enseñanzas al pueblo de Nazaret, hizo comprender con sus palabras que, justamente a El, se refería la profecía de Isaías: el Espíritu del Señor está sobre Mí (cfr. Lc., 4, 17-21).

A continuación prometió a sus discípulos que el Espíritu Santo los ayudaría también a ellos, infundiéndoles valor para dar testimonio de la fe, incluso frente a los perseguidores. Posteriormente, en la víspera de su Pasión, aseguró que enviaría a los apóstoles, en nombre del Padre, el Espíritu de Verdad (cfr. Jn., 15, 26), el cual permanecería con ellos eternamente (cfr. Jn., 14, 16), y los ayudaría valiosamente a dar testimonio de El mismo (cfr. Jn., 15, 26); por último, después de su Resurrección, Cristo prometió la inminente venida del Espíritu Santo. "Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos" (Hechos, 1, 8; cfr. Luc., 24, 29).

Y, en realidad, en el día de la fiesta de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió de forma totalmente extraordinaria sobre los apóstoles, reunidos con María, Madre de Jesús, y con el grupo de los discípulos: entonces quedaron plenamente llenos de El (Hechos, 2, 4), a tal extremo que, inflamados por el aliento divino, comenzaron a anunciar las maravillas de Dios. Pedro, después, defendió que el Espíritu que había descendido de aquella forma sobre los apóstoles era el don de la edad mesiánica (cfr. Hechos, 2, 17-18). Entonces fueron bautizados aquellos que habían creído en la predicación apostólica y también éstos recibieron el don del Espíritu Santo (Hechos, 2, 38). Desde aquella época los apóstoles, en cumplimiento del deseo de Cristo, transmitían a los neófitos, por medio de la imposición de las manos, el don del Espíritu Santo, destinado a completar la gracia del bautismo (cfr. Hechos, 8, 15-17; 19, 5, ss.). Esto explica por qué en la carta a los hebreos se recuerda, entre los primeros elementos de la formación cristiana, la doctrina del bautismo y también la imposición de

las manos (cfr. Hebr., 6, 2). Es precisamente esta imposición de las manos la que, justamente, es considerada por la tradición católica como el primer origen del sacramento de la confirmación, el cual hace, en cierto modo, perenne en la Iglesia, la gracia de Pentecostés.

De todo esto, aparece evidente la específica importancia de la confirmación con miras a la iniciación sacramental, por la cual los fieles, como miembros de Cristo vivo, son incorporados y asimilados a El por el bautismo como igualmente por la confirmación y la Eucaristía. En el bautismo los neófitos reciben el perdón de los pecados, la adopción de hijos de Dios y el carácter de Cristo, por el que son agregados a la Iglesia y se convierten, inicialmente, en partícipes del sacerdocio de su Salvador (cfr. 1 Ped., 2, 5, y 9). Con el sacramento de la confirmación, aquellos que han renacido en el bautismo reciben el don inefable, el mismo Espíritu Santo, por el que son dotados de una fuerza especial, y, marcados por el carácter del mismo sacramento, quedan unidos más perfectamente a la Iglesia, al tiempo que quedan más estrechamente obligados a difundir, y a defender de palabra y de obra, su fe, como auténticos testigos de Dios. Finalmente, la confirmación está de tal suerte vinculada a la Eucaristía que los fieles, ya marcados con el santo bautismo y la confirmación están insertos de manera total en el Cuerpo de Cristo, mediante la participación de la Eucaristía.

Diversos ritos de la confirmación.

La concesión del don del Espíritu Santo desde los tiempos remotos, se realizaba en la Iglesia según ritos diversos. Tales ritos, en Oriente y en

Occidente, sufrieron múltiples transformaciones, pero siempre manteniendo intacto el significado de comunicación del Espíritu Santo.

En muchos rios de Oriente parece que, desde la antigüedad, se prefirió, para conferir el Espíritu Santo, el rito de la crismación, que en unces no aparecía con claridad como distinto del bautismo. Tal rito está también hoy en vigor en la mayor parte de las Iglesias orientales.

En Occidente se tienen testimonios muy antiguos, relativos a aquella parte de la iniciación cristiana, en la cual fue después reconocido claramente el sacramento de la confirmación. En efecto, tras la ablución bautismal, y con anterioridad a la recepción del manjar eucarístico, se indican muchos gestos litúrgicos que hay que realizar, tales como la unción, la imposición de las manos y la "consignación", que están contenidos, bien en los documentos litúrgicos, bien en muchos testimonios de los padres. A partir de entonces, y a lo largo de los siglos, surgieron discusiones y dudas sobre los elementos que pertenecen con seguridad a la esencia del rito de la confirmación. Es conveniente, por tanto, recordar, al menos algunos de aquellos testimonios que, desde el siglo XIII, contribuyeron en gran escala, en los Concilios Ecuménicos y en los documentos de los Sumos Pontífices, a ilustrar la importancia de la confirmación, no olvidando, sin embargo, la imposición de las manos.

Inocencio III, nuestro predecesor, escribió lo siguiente: "Con la unción sobre la frente se designa la imposición de las manos, que, bajo otro término, se dice confirmación, puesto que por medio de ella se da el Espíritu Santo para el crecimiento y para el robustecimiento. Otro predecesor nuestro, Inocencio IV, recuerda que los apóstoles transmitían el Espíritu

Santo con la imposición de la mano, representada por la confirmación o por la unción sobre la frente.

En la profesión de fe del emperador Miguel Paleólogo, leída en el II Concilio de Lyon, se menciona el sacramento de la confirmación que los obispos confieren mediante la imposición de las manos, ungiendo con el crisma a los bautizados. El decreto para los armenios, publicado por el Concilio de Florencia, afirma que la materia del sacramento de la confirmación es el crisma obtenido con aceite... y bálsamo, y, citadas las palabras de los Hechos de los Apóstoles, referentes a Pedro y Juan, los cuales confirieron el Espíritu Santo con la imposición de las manos (cfr. Hechos, 8, 17), añade: "En lugar de aquella imposición de las manos, en la Iglesia se efectúa la confirmación". El Concilio de Trento, aunque de hecho no pretende definir el rito esencial de la confirmación, lo designa, sin embargo, con el único nombre de sagrado crisma de la confirmación. Benedicto XIV manifestó lo que sigue: "Por tanto, debe ser afirmado lo que está fuera de discusión, es decir, que en la Iglesia latina se confiere el sacramento de la confirmación, utilizando el sagrado crisma, es decir, aceite de oliva mezclado con bálsamo y bendecido por el obispo, y trazándose, por parte del ministro, una cruz sobre la frente del confirmado, mientras el mismo ministro pronuncia las palabras de la fórmula.

La unción del crisma.

Muchos teólogos, teniendo en cuenta estas declaraciones y tradiciones, sostuvieron que era necesario, para la válida administración de la confirmación, la sola unción con el crisma, hecha sobre la frente con la imposi-

ción de las manos; sin embargo, en los ritos de la Iglesia latina se prescribía siempre la imposición de las manos con anterioridad a la unción de los confirmados.

Respecto a las palabras del rito con que se transmite el Espíritu Santo, es necesario tener presente: ya en la Iglesia naciente, Pedro y Juan, como complemento de la iniciación de los bautizados en Samaria, oraron por ellos a fin de que recibiesen el Espíritu Santo, y después impusieron las manos sobre ellos (cfr. Hechos, 8, 15-17). En Oriente, durante los siglos IV y V, aparecen los primeros indicios en el rito de la confirmación, con las palabras: señal del don del Espíritu Santo. Tales palabras fueron recibidas enseguida por la Iglesia de Constantinopla y empleadas todavía por las Iglesias de rito bizantino.

En Occidente, en cambio, las palabras de este rito, que completa el bautismo, no fueron claramente interpretadas hasta los siglos XII y XIII.

Peró en el Pontifical Romano del siglo XII aparece por vez primera la fórmula, que después se hace común: yo te signo con la señal de la cruz y te confirmo con el crisma de la salvación. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Por lo que hemos recordado, está claro que en la administración de la confirmación en Oriente y en Occidente, si bien de forma diversa, tuvo el primer puesto la crismación, que de algún modo representa la imposición de las manos utilizada por los apóstoles. Y puesto que aquella unción con el crisma significa justamente la unción espiritual del Espíritu Santo, que se comunica a los fieles, pretendemos confirmar la existencia y la importancia de la misma.

Adoptamos la fórmula bizantina.

Sobre las palabras que se pronuncian en el acto de la confirmación, hemos considerado en verdad, según su justo valor, la dignidad de la venerable fórmula que todavía se emplea en la Iglesia latina; sobre ella sin embargo, defendemos que debe preferirse la antiquísima fórmula propia del rito bizantino, con la cual se expresa el don del mismo Espíritu Santo y se recuerda la efusión del Espíritu, que tuvo lugar el día de Pentecostés (cfr. Hechos, 2, 1-4 y 38). Adoptamos, por tanto, esta fórmula, reproduciéndola casi literalmente.

Por tanto, a fin de que la revisión del rito de la confirmación comprenda oportunamente también la esencia misma del rito sacramental, con nuestra suprema autoridad apostólica, decretamos y establecemos que en el futuro sea observado en la Iglesia latina lo que sigue:

“El sacramento de la confirmación se confiere mediante la unción del crisma sobre la frente, que se hace con la imposición de las manos y con las siguientes palabras: “Recibe la señal del don del Espíritu Santo”.

Sin embargo, la imposición de las manos sobre los elegidos se realiza con la oración prescrita antes de la confirmación, y si bien no pertenece a la esencia del rito sacramental, debe tenerse muy en cuenta, porque sirve para integrar más perfectamente el rito mismo y para favorecer una mejor comprensión del sacramento. Está claro que esta imposición de las manos, que precede, es distinta de la imposición de la mano que realiza la unción del crisma en la frente.

Después de haber establecido y declarado todos estos elementos relativos al rito esencial del sacramento de la confirmación, Nos aprobamos con nuestra autoridad apostólica, también, el ordo del mismo sacramento, revisado por la Sagrada Congregación para el Culto Divino, de acuerdo con las Sagradas Congregaciones para la Doctrina de la Fe, para la Disciplina de los sacramentos y para la Evangelización de los Pueblos, en lo que respecta a la materia de su competencia.

La edición latina del ordo, que contiene la nueva forma, entrará en vigor tan pronto sea publicada; mientras que las ediciones en lengua vulgar, preparadas por las Conferencias Episcopales y aprobadas por la Santa Sede, entrarán en vigor el día en que decidan cada una de las Conferencias; el ordo antiguo podrá ser utilizado hasta finales de 1972.

Sin embargo, desde el 1 de enero de 1973, todos los interesados deberán emplear solamente el nuevo ordo.

Todo lo que hemos establecido y ordenado, deseamos que tenga ahora y en el futuro plena eficacia en la Iglesia latina, sin que obsten —en cuanto es necesario— las constituciones y disposiciones apostólicas, publicadas por nuestros predecesores, y otras disposiciones, aunque dignas de mención especial.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 15 de agosto, en la Asunción de la Bienaventurada Virgen María del año 1971, nono de Nuestro Pontificado.

PABLO PAPA VI”

Algo más sobre los ángeles

En el número 4 de "Temas" se publicó un artículo que titulamos "Los Angeles: esos desconocidos". Sobre el mismo tema insertamos hoy esta nota, que conceptuamos de gran interés, acerca de esos seres personales supraterrénos, considerados hoy, por mucha gente, como "pasados de moda". Y no es así.

CRISTO Y LOS ANGELES

La relación de los ángeles con Cristo, su subordinación a él como su creador y Señor, se nos hace patente a los hombres ante todo en los servicios que ellos prestan como colaboradores de la obra salvadora del Hijo de Dios en la tierra.

Toda la acción salvadora de Dios ha llegado en Jesucristo a su colmo escatológico. En Cristo se ha hecho realidad última toda promesa de la antigua alianza. La figura de Cristo determina también el servicio de los ángeles. En los logros salvíficos de Cristo tiene también una parte la acción de los ángeles como mensajeros. En el fondo, desde que des-puntó la nueva alianza, no se precisa ya de mediación angélica, puesto que ya quien nos habla del Padre es el Hijo unigénito (Juan 1, 1-18) el único que ha recibido la capacidad de dar a los suyos la vida eterna (Juan 17, 2). "Pero los ángeles no pueden faltar, porque pertenecen a la gloria celeste del Hijo del hombre, y, sobre todo, porque visibilizan el carácter social del reino de los cielos en el cual debe transformarse el cosmos". (1)

Sólo en Jesucristo se otorga a los hombres la esperanza viva en una herencia imperecedera reservada en los cielos (1 Pedro 1, 4). El papel de los ángeles es manifestar esta dimensión celeste del señorío escatológico de Dios que irrumpe en Jesucristo y colaborar con su servicio desinteresado en la obra salvadora del Hijo de Dios.

LOS ANGELES Y LA IGLESIA.

La redención realizada en Cristo llega a efecto en los hombres de todos los tiempos en la Iglesia y por la Iglesia. Por consiguiente en esta fase final de la historia de la salvación, el servicio de los ángeles se ordena a la Iglesia y a cada uno de los hombres.

El testimonio de la Escritura es que Cristo, una vez elevado como Kyrios a la derecha del Padre, continúa su obra salvadora en la tierra ante todo por su Espíritu Santo derramado en la Iglesia (Juan 16, 5-15; Hechos 2, 1-4): él conduce hacia la verdad plena (Juan 14, 26; 16, 13), él respalda e impulsa la proclamación de la palabra de Dios (Hechos 2, 4; 4, 8; 5, 32; 15, 18; 1 Cor 2, 4) y asiste en las persecuciones a los heraldos de la fe (Mateo 10, 20; Marcos 13, 11). Y con todo no queda suprimido el servicio de los ángeles. Lo mismo que sirvieron al Cristo terreno, sirven ahora al Cristo celeste sirviendo a su cuerpo que es la Iglesia (Colosenses 1, 18). Con esta sumisión obediente al Dios-hombre glorificado y a su Espíritu Santo, el papel histórico-salvífico de los ángeles iniciado en la antigua alianza llega a su plenitud en su servicio a la Iglesia.

Esta concepción fundada en la Escritura y compartida unánimemente por los Padres, tropieza con muchas dificultades en el hombre moderno. Nuestra afirmación sobre el servicio de los ángeles a la Iglesia es una afirmación *de fe*. Del mismo modo que la alianza entablada por Dios con nosotros los hombres, la venida personal de Dios en Jesucristo y la presencia siempre actual del Espíritu Santo son realidades que sólo pueden captarse en la fe sobrenatural, así ocurre con la intervención de los ángeles en el presente de la Iglesia. El servicio de los ángeles es parte de un misterio mayor de salvación, cual es el misterio que Dios mismo, Cristo y el Espíritu, asistan a la Iglesia en su caminar hacia la plenitud celeste.

El servicio que los ángeles prestan a cada hombre tiene dos vertientes: intercesión ante Dios y protección inmediata garantizada por su presencia. Parece ser que la esfera de lo corpóreo del hombre es la que más precisa de la protección angélica. El hombre como ser corpóreo, "está expuesto, previamente a su decisión personal, a una influencia creatural independiente de su decisión: la influencia de fuerzas materiales y de otras criaturas personales" (2). Se trata de preservar a todo el hombre del terrible poder de lo diabólico (cf. Efesios 6, 10-13). A los ángeles les proporciona un gran gozo el poder servir a la salvación de aquellos que llevan el nombre de Cristo.

El lazo más profundo que une a los ángeles con la Iglesia es sin duda la alabanza, que resuena tanto en el cielo como en la tierra. Dios otorga la gracia a los hombres, no sólo para que la trasmitan al mundo con la proclamación y con la vida, sino, en primer lugar, para que correspondan a Dios con la alabanza y la adoración. Nos quedaríamos muy cortos si de

los ángeles dijéramos que toda su existencia se agota en su mensajería. Están en la presencia de Dios y contemplan cara a cara su rostro: el gozo y la adoración son inseparables de esta situación angelica. El mundo agraciado de los ángeles, lo mismo que el ser creatural de la creación visible, se desborda en misterioso júbilo. En la alabanza de los ángeles resuena la gloria de Dios y la magnificencia de su creación; pero resuena también la salvación que acaece en la tierra; gloria y honor y alabanza se tributan no sólo a Dios omnipotente, sino también al Cordero degollado (Apocalipsis 5, 12). Cristo sublimado a la derecha del Padre es el punto de convergencia del culto celeste de los ángeles y del culto terrestre de la Iglesia. Adoración de los ángeles y alabanza de la Iglesia se realizan de distinto modo; pero forman una unidad indivisible que manifestará toda su profundidad cuando también la liturgia de la Iglesia arribe al final de su travesía. La misión histórico-salvífica de los ángeles en la antigua y nueva alianza concluirá con el regreso de Cristo y con la instauración definitiva del reino de Dios. Entonces continuará la comunidad ya iniciada de ángeles y hombres en la alabanza de Dios.

(De Michael Seermann. - Extractado del artículo Los ángeles, en la obra *Mysterium salutis*. Vol. II T. II)

(Notas: (1) H. U. v. Balthasar.

(2) K. Rahner, "Dignidad y libertad del hombre").

Dios mío, ahora te amo a Tí solo. A Tí solo sigo y busco, sana mis oídos para oír tu voz; sana y abre mis ojos para ver tus signos; destierra de mi toda ignorancia para que te reconozca a Tí".
(San Agustín).

"No eres tú la aurora, tú eres tierra en espera del amanecer. La aurora es tu Dios, que pasa luego a ser el alba y más tarde el mediodía. Tú eres tierra que espera la luz, eres negra pizarra que aguarda al que camina hacia tí con la tiza en la mano. Siéntate, espéralo, escucha".

LA EDAD MADURA

"Mientras nuestro hombre exterior decae, nuestro hombre interior se hace más joven".

Todo ser humano padece en su vida dos cambios fundamentales de crecimiento: la adolescencia cuando pasa de la niñez a la juventud. Edad dolorosa en que parece que el niño quisiera entrar en la juventud, pero al mismo tiempo tuviera miedo de la responsabilidad y no deseara desprenderse de las caricias de la niñez. Quiere andar solo, pero le atemoriza dejar la mano que lo ha sostenido. De ahí las zozobras, cambios de carácter, dudas, vacilaciones, malos humores, rebeldía, carencia de esfuerzo.

Si esta transición es bien dirigida, el adolescente termina por despojarse de la niñez y entra valientemente en la juventud. Si no es bien dirigida el niño no tiene valor suficiente para dar el paso definitivo, conservará en su juventud, y muchas veces a través de su vida, los temores, egoísmos e irresponsabilidades propios de la niñez y nunca realizará plenamente su personalidad como ser humano.

Juventud... Divino Tesoro...

El segundo crecimiento llega cuando el hombre o la mujer tiene que dejar definitivamente atrás la juventud y entrar de lleno en la edad madura. Este momento es especialmente doloroso por el énfasis que el mundo

hoy ha puesto en la juventud, como si esta fuera la única edad que mereciera vivirse. Se olvida que ya pasada la juventud, el ser humano está en el pleno desarrollo de sus facultades y que las grandes obras han sido realizadas siempre en la segunda mitad de la vida.

Si la adolescencia trae inquietudes, la llegada a la edad madura trae las más grandes rebeldías y en ella surgen las aventuras de amor, la exagerada vida social los excesos de todo orden; los negocios desaforados, las neurosis, etc., etc.... El ser humano apela a todos los recursos para probar y probarse que todavía es joven, que todavía, para él o para ella, no ha llegado el momento de alejarse de la juventud.

En la misma forma en que la juventud queda sin armas, sin personalidad y sin capacidad para realizar la tarea asignada a su edad, si no se desprende de la niñez, así en la edad madura el ser humano no puede realizarse, ni cumplir su tarea si no se desprende de las características de la juventud y entra con valor y generosidad a vivir la edad que realmente tiene.

La crisis de la edad madura casi nunca encuentra comprensión, ni ayuda, con el agravante de que estas crisis coinciden, casi siempre, para la mujer con la terminación de sus tareas como madre y para el hombre con la temida jubilación, y el apartarse de los negocios.

Desde el momento en que la mujer lleva al niño en su seno, toda la vida del hijo para por sus manos: pañales, cunas, biberones, problemas, estudios, angustias, enfermedades, amigos, fiestas, matrimonio... en todo interviene, en todo acúa. Con su alma y con su sangre ha formado al hijo para el cual ella ha sido la "indispensable".

El hombre, enseñado a ser el jefe del hogar y también el indispensable, que da el dinero que la familia necesita, llega un momento en que sus hijas obedecen a otro marido, y no necesitan de su padre pues su esposo provee a sus necesidades. Sus hijos hombres se bastan a sí mismos. Si es empleado este es el momento en que llega la temida jubilación. Si es hombre de empresa ve a su alrededor un marcado deseo de que deje el puesto, ya sea a sus hijos o a la generación que viene detrás empujándolo.

El camino certero.

Duro momento este para la vida tanto del hombre como de la mujer, que tienen que hacerle frente al hecho de no ser ya ni jóvenes, ni indispensables. Ante ello se presentan dos caminos: uno verdadero; el otro falso. Para la mujer el camino errado será el pretender prolongar una juventud que definitivamente se fue y el querer seguir influenciando directamente en la vida de sus hijos, o querer forzar su atención y cuidado hacia ella, todo lo cual la hará un poco inoportuna, cuando no indeseable.

El hombre tiene el peligro de escoger uno de dos caminos, extremos entre sí. O prolonga la dependencia de sus hijos, no dándoles el manejo de los negocios, o atrae la atención sobre él, dedicándose a estar enfermo.

El único verdadero camino el que Dios le ha asignado tanto al hombre como a la mujer, en este preciso momento de la vida, cuando han terminado su tarea como padres, y han entrado en la edad madura, es el de distender su corazón, que estaba reducido a los suyos y recibir en él a toda la familia humana. Camino este que les traerá felicidad pues les mostrará que su vida todavía tiene objetivo.

Si se le recibe con valor y generosidad, es maravilloso este momento de la vida. Delante de ellos está todo el género humano para que a él dediquen la excelsitud de su edad madura enriquecida con las experiencias de la paternidad y de la maternidad.

Uno de los atributos de la madurez es el sentido de responsabilidad. Responsables pero no ya sólo de los seres queridos, sino de todo el género humano.

¿Por qué enristecernos? ¿Por qué deprimirnos, si delante de nosotros tenemos un panorama tan vasto como el género humano?

"Ya he terminado mi tarea", dicen algunas personas con tristeza. ¿Puede alguien decir que ha terminado su tarea, cuando a su lado en el omnibus, en la calle, en la casa vecina, codeándose con ella, hay millares de seres que no aman a Dios porque no lo conocen?

Hacer que los hombres sean amigos de Dios; ¿no es ésta la más maravillosa perspectiva para nuestra edad madura?

La tarea no ha terminado.

¿Cómo podemos pensar que hemos terminado la tarea, o cómo podemos dedicarnos a lamentar los tiempos idos, o la juventud perdida, cuando Dios nos necesita para que le ayudemos en la Redención?

¿Cómo podemos decir que hemos terminado la tarea, cuando hay tanta gente triste en el mundo?

La edad madura es la más preciosa época de nuestra vida, porque a más de estar en la plenitud de nuestras capacidades, ella nos hace universales. Libres ya de ambiciones y vanos espejismos serenos y tranquilos, sin competencias y envidias, podemos dedicar la segunda parte de nuestra vida a dar

Dar. Dar es el sublime atributo de la edad madura. Dar amor, simpatía, consuelo. Dar ánimo, dar valor. Se necesita tanta fortaleza para llevar esta vida castigada por el pecado original. Pero no es suficiente dar, es necesario darnos, que cuanto más damos, más tenemos, porque el lugar que desocupamos de nosotros mismos, lo va ocupando Dios.

Es un grave error el pensar que la segunda parte de nuestra vida, debe ser una especie de descanso o de recompensa por lo que hayamos hecho en la primera parte. El descanso y la recompensa solo podemos buscarlo en el Cielo. Mientras estemos en la tierra es necesario dar.

¿Es que podemos descansar cuando hay tanto dolor en el mundo? ¿Podemos descansar cuando Cristo y su Iglesia son atacados a muerte en más de la mitad de los países del mundo?

No. No tenemos derecho a descansar mientras tengamos vida. En la primera parte de su existencia los padres contribuyen con Dios en la creación del género humano y en la salvación de su propia familia. En la segunda parte de su vida contribuyen con Dios en la redención de la humanidad.

Esta es la maravillosa tarea de los padres que han pasado la juventud y han llegado a la edad madura y cuyos hijos han emprendido ya su propio camino.

Por la Paz

Desde los desiertos de Sinaí
a las ciénagas de Indochina
y los hombres no hablan sino de paz
pero entregan sus manos a la guerra.
Nada prueba
la herida radical del hombre
y su necesidad de tu presencia
como la lucha fratricida.
La Paz, como su hermana, la Justicia
requiere la visión, disciplina
y amor.
Dános, Señor, la paz.
Ojalá que esta vez estemos preparados
a recibirla.

Amén.

La "Contestación Intelectual" y las falsas interpretaciones en relación con el Concilio

Proseguimos la publicación de las conferencias de Henri de Lubac, el prestigioso teólogo francés, acerca de los problemas que afronta hoy la Iglesia. El texto que reproducimos ha sido editado en libro, con el título siguiente: "La Iglesia en la Crisis Actual".

LA "CONTESTACION" INTELECTUAL

Se ha observado con exactitud que cuando la inteligencia se ve reducida al entendimiento, cuando queda nivelada, privada de toda profundidad, se convierte en una fuente de opresión para el hombre. Esta es la conclusión de los análisis de Erik Weil y de Paul Ricoeur que citábamos al comienzo.

El hecho no es nuevo. Se ha generalizado, y el desarrollo, maravilloso en sí mismo, de las ciencias y de las técnicas que son obra del entendimiento, no hacen más que aumentar la gravedad del problema.

"Hoy, advertía Dietrich Bonhoeffer en 1944, nuestra existencia espiritual e intelectual está truncada".

Si el mundo (y el hombre en este mundo) se convierte en una máquina es porque primeramente la inteligencia se ha reducido a sí misma al mecanismo del entendimiento; es que "la objetivación temible del conocimiento sobre el hombre" engendra fatalmente "un verdadero cautiverio de Babilonia, lejos de todo refugio espiritual". De ahí la revolución violenta, que se manifiesta al mismo tiempo en la repulsa crítica de los resultados alienantes y en una exaltación de lo irracional.

Pero como ocurre frecuentemente esta revolución permanece prisionera del presupuesto que la provoca. Su evasión a lo irracional es una

buena prueba: una misma idea reducida de la inteligencia continúa dominándola. De esta manera los dos adversarios que se enfrentan permanecen unidos dentro del mismo género. La función calculadora y constructora por una parte, y por otra la función crítica y destructora son las dos orientaciones opuestas del mismo entendimiento, mientras que lo que se necesitaría, para solucionar de un modo positivo la crisis, sería la apertura a una nueva dimensión. Sería el restablecimiento del espíritu en su integridad por el recurso (tomo la palabra en su sentido más amplio) a su función contemplativa. Ahora bien, esto es precisamente lo que de ordinario falta. Es lo que se echa de menos también cuando la crisis de la inteligencia ataca a los mismos creyentes y se encuentra así transferida al interior de la fe para socavarla.

En efecto, cuando la función crítica es la única que entra en actividad, no tardará mucho tiempo en pulverizarlo todo. No permitirá ver ni las constantes del espíritu, ni las de la tradición doctrinal, ni la continuidad y la unicidad de la verdad revelada a través de las diversas expresiones culturales que coinciden o se suceden.

En este caso la revelación divina, por el hecho de expresarse inevitablemente en signos, se encuentra reducida a una serie de pensamientos e interpretaciones meramente humanas. La fe cristiana, tomada en su primera autenticidad, es sólo un hecho de cultura, importante sin duda, pero en cuanto tal, superado. La teología, o lo que todavía se llama con ese nombre, debe dar una respuesta inmediata a los problemas del hombre moderno, sin preocuparse del hombre eterno, y el teólogo en vez de tener que investigar el mensaje de Cristo para actualizarlo, sólo se preocupa, en su afán de actualismo, de estar siempre más y más en vanguardia. Con menosprecio de todo auténtico espíritu crítico, el espíritu de crítica termina por prevalecer. Encuentra con facilidad un terreno predilecto en una literatura sagrada cuyo objeto último únicamente se capta a través de imágenes y de símbolos. Comienza a desdeshacerse a los pensadores cristianos de todos los siglos como si nada tuvieran ya que decirnos; se presentan las fórmulas tradicionales de la fe bajo una luz que permite ridiculizarlas, a fin de reclamar pura y simplemente su desaparición, y so pretexto de modernizar el lenguaje, en realidad lo que se hace es eliminar el fondo mismo de la fe.

La idea de una profundización del misterio retrocede ante la elaboración de una filosofía —de una gnosis— que se pretende superior, y esta vez ya no es sólo el objeto de la fe el que cambia: desaparece la

misma especificidad de la fe. Sacan de todas partes los elementos que se podrán explotar, sea como sea, en un sentido negativo: ¿quién ignora, a este propósito, el empleo increíblemente ingenuo y dogmático de la obra de un Bultmann, llevado a cabo por hombres profundamente incapaces de estudiarlo críticamente? ¿Quién no conoce el éxito que tienen actualmente las citas abusivas de algunas fórmulas de Bonhoeffer? Cualquier recriminación, cualquier ocurrencia, cuando no se trata de un capricho aberrante, queda calificada de profética, aun cuando sea demasiado claro que procede de la ignorancia, o del apriorismo, o de concesiones a la opinión de moda, o simplemente de la debilidad humana; o que ofrece todas las apariencias del más falso profetismo. Comienza a difundirse una literatura de bajo estilo, llena de "slogans" publicitarios, que se propaga tanto más rápidamente cuanto que no se dirige a la inteligencia crítica; una literatura que halaga las pasiones del día y fomenta todas las confusiones.

No sentimos reparo en decirlo: nada de todo esto nos promete nada. Una fe que se disuelve en el equívoco no puede fecundar nada. Una comunidad en desintegración es incapaz de irradiar o de atraer. El último "slogan" no es un pensamiento nuevo. Las críticas más ruidosas son también las más estériles. La verdadera audacia es algo muy distinto —algo muy raro—, y, como lo advertía ayer un teólogo protestante, muchos gestos que se creen audaces, "sólo son una especie de evasión a la contestación". La creatividad no es de ordinario patrimonio de los que se glorían de ella, y mucho menos todavía que en cualquier otro ámbito, en las cosas de la fe y de la vida.

Estas afirmaciones —lo sé bien— exponen a su autor a que se le clasifique dentro de alguna categoría infamante. Se le tratará de "conservador", o de "reaccionario", o de "integrista", o simplemente de "desfasado" o de "irrecuperable", como dicen algunos elegantemente. ¡Cómo se puede despojar a las palabras de su sentido o aplicarlas al revés! Posiblemente alguien preferirá situarlo entre esos "tradicionalistas" que defienden una forma caducada de poder... No es menos cierto que todo el porvenir de la Iglesia, toda la fecundidad de su misión, todo lo que puede y debe dar al mundo depende hoy día de un despertar enérgico de la fe. Liberar la conciencia cristiana de un negativismo morbosos, de una neurastenia que la roe, de un complejo de inferioridad que la paraliza, de una red de equívocos que la asfixia, es poner la condición esencial, no de una restauración inerte, sino de la renovación a la que aspira la Iglesia.

FALSAS INTERPRETACIONES DEL CONCILIO

El último Concilio ha trazado el programa de esta renovación. Todos acuden a él (o acudían), pero en direcciones distintas. De hecho se le reconoce y se le sigue poco. Muchos de los que pretendían ser los únicos que lo tomaban en serio, hoy lo desprecian. Desde el primer momento había comenzado a difundirse una falsa interpretación. Los los que han participado de cerca en sus trabajos lo saben. ¿Se quieren algunos ejemplos?

La constitución *Dei Verbum* concentra la mirada del creyente en Jesucristo, Palabra sustancial de Dios, "mediador al mismo tiempo que plenitud de revelación". Muestra a la Escritura que da testimonio de El. Articula mutuamente los dos Testamentos. Al mismo tiempo que alienta el trabajo crítico de los exégetas, recuerda enérgicamente la necesidad de leer los Libros Sagrados en la fe y de interpretarlos conforme a la Tradición.

Ahora bien, en muchos la personalidad histórica de Jesús se difumina. Enfrentan al Antiguo Testamento, debidamente deformado, contra el Nuevo. Un biblicismo estrecho que se burla de toda tradición y que se devora a sí mismo empieza a propagarse. A partir de este biblicismo elaboran la noción de una fe en el porvenir, que nada auténtico conserva del Evangelio de Jesucristo. Escuchemos, sin embargo, esta advertencia saludable procedente de una pluma protestante:

"En la Iglesia no se trata dice Karl Barth, de saltar, por decirlo así, por encima de los siglos y de enlazar inmediatamente con la Biblia... Esto es lo que ha hecho el biblicismo al rechazar categóricamente el símbolo de Nicea, la ortodoxia, la escolástica, los Santos Padres, las confesiones de fe, para retener únicamente la Biblia... Ahora bien —cosa extraña—, este procedimiento ha desembocado siempre en una teología muy "moderna". Estos biblicistas decididos compartían la filosofía de su tiempo; han encontrado en la Biblia sus propias ideas; se habían librado de los dogmas de la Iglesia, pero no de sus propios dogmas y concepciones".

La constitución *Lumen gentium* nos habla de la Iglesia, primeramente como de un misterio, de un don de Dios, de una realidad que no pertenece al hombre: "Esposa del Cordero", "nuestra Madre". Los que se incorporan a esta Iglesia constituyen el Pueblo de Dios, en marcha hacia la patria eterna. Todos son llamados en su seno a la santidad.

Para guiarlos en esta marcha el Señor ha dado a su Iglesia una constitución jerárquica; el Colegio Episcopal, cuya cabeza es el Papa, ha recibido la triple misión de enseñar, de santificar y de gobernar, etc.

Ahora bien, en muchas partes lo único que parecen querer retener de esta doctrina es la idea o más bien la expresión de Pueblo de Dios, cuya significación adulteran, para transformar a la Iglesia en una vasta democracia. Debido a un contrasentido semejante, corrompen la idea tradicional, revalorizada por esta constitución, de la colegialidad episcopal, y pretenden extenderla a todos los niveles, confundiéndola con la de un gobierno parlamentario. Se la explota absurdamente contra el Papado. Se critica lo que se llama "la Iglesia institucional" en nombre de un ideal de cristianismo amorfo tan contrario al más elemental realismo como a la fe católica y a la misma historia de la Iglesia primitiva, etc. De este modo alientan no solamente abusos y desórdenes prácticos: queda minada la constitución divina de la Iglesia, su misma esencia tal como existía el primer día de su historia.

En cuanto a la constitución *Gaudium et spes*, que algunos querían fuese la única aceptable, si bien es verdad que nos recomienda "la apertura al mundo", es especificando cuidadosamente el sentido en que toma esta palabra, y el programa que traza lo mismo que las enseñanzas doctrinales sobre las que la apoya, no dejan ninguna duda a este propósito. Lo hace en nombre del dinamismo de nuestra fe, contra un repliegue tímido y egoísta, que resignándose a dejar al "mundo" seguir su curso humano, "y a aprisionar al catolicismo en un lazaretto", daba al triste impresión, en más de un ambiente, de pérdida de vitalidad.

Es para que aspiremos a cumplir en el mundo la función del alma en el cuerpo según la célebre fórmula de la epístola a Diognetes que nos recuerda, y, como ella añade todavía, "para dar sabor a la tierra e iluminar al mundo". Todo es, en definitiva, para hacer penetrar en los diferentes sectores de la vida el espíritu del Evangelio y para anunciar al mundo, con "la sublimidad de la vocación humana", la única salvación que procede de Cristo.

Pero ¿no ocurre que, muy al contrario, por una grosera tergiversación, esta "apertura" se convierte en un olvido de la salvación, un alejamiento del Evangelio, una negativa a la cruz de Cristo, un deslizamiento en el secularismo, una minusvaloración de la fe y de las costumbres, en suma: una disolución en el mundo, una abdicación, una pérdida de identidad, es decir, la traición a nuestra vocación en el mundo?

Fundándose en que el Concilio, que seguía en esto el deseo de Juan XXIII, no ha querido definir nuevos dogmas ni pronunciar anatemas, muchos concluyen que la Iglesia no tiene ya el derecho de juzgar de nada ni de nadie. Imposible renegar de un modo más absoluto no sólo de veinte siglos de tradición, sino de la misma Iglesia de los primeros apóstoles. Preconizan un pluralismo que ya no es el pluralismo de las escuelas teológicas en la ilustración de la misma fe normativa, ni el de los diversos modos de ser de los pueblos en sus respectivas interpretaciones del mismo misterio sino el de las creencias o interpretaciones profundamente diversas.

Es hecho notorio también cómo el *Decreto sobre la libertad religiosa* ha sido mal interpretado cuando, al contrario de sus intenciones más explícitas, se quiere sacar la consecuencia de que ya no hay por qué seguir anunciando el Evangelio, cuando en realidad nos recuerda la urgente obligación de este anuncio (cualesquiera que sean en la práctica los retrasos o cualesquiera que sean las formas exigidas por las circunstancias). ¡Cuántas observaciones análogas podrían hacerse a propósito de la *Constitución sobre liturgia*, tan mal comprendida, a veces incluso ridiculizada sacrílegamente— ¿Y el *Decreto sobre el ecumenismo*?

Si no se comprobase su inconsciencia, podríamos creer que entre los que debieran ser los primeros en hacerlos madurar, muchos se empeñan en comprometer algunos de los frutos más excelentes del Concilio. En todo caso están expuestos a retardarlos más eficazmente que unos cuantos refractarios malhumorados que ya nadan pueden impedir. ¡Cuánto sarcasmo todavía demasiado frecuente, en la pretensión bien aireada de aplicar audazmente los principios enunciados por el Concilio para la renovación adaptada de la vida religiosa, cuando en realidad la están torpedeando— Quizás sea aquí, donde las destrucciones de la crisis son a la vez más graves y más significativas, porque afecta a los mismos de los que se debería esperar con más razón la fidelidad más activa y más resueltamente espiritual al “*duc in altum*” del Concilio, y porque lo mismo para el mal que para el bien, su influencia es muy fuerte sobre todos los demás miembros de la Iglesia, sacerdotes o seglares. ¡Qué miserables realidades, qué abandonos de toda especie, qué degradaciones, que llegan en ciertos casos hasta la perversión, se ocultan entonces bajo el señuelo del “profetismo” o de las “exigencias de la verdad”, bajo la falacia de la palabra “renovación”!

El lector nos permitirá que hagamos una confidencia. En Roma, durante los años del Concilio, muchos de entre nosotros apenas

podíamos comprender las reticencias de un determinado número de obispos; no porque éstos se opusieran por principio a la doctrina o a la orientación de los textos que les sometíamos; sino porque manifestaban su temor a las consecuencias que podrían seguirse por razón de malas interpretaciones. ¿Estaban tan equivocados estos obispos prudentes, eran tan pusilánimes, cuando dudaban en comprometerse, o cuando multiplicaban sus precauciones, temiendo que se tergiversase el sentido de palabras como colegialidad, mundo o libertad?

A veces nos sentíamos irritados, en medio de nuestra impaciencia —¡tantas eran las precisiones acumuladas, tanta la meticulosidad con que se pesaban los términos, que nos parecían claros y en realidad lo eran!—. Pero estos obispos únicamente tenían miedo a las confusiones que pudieran originarse en el pueblo fiel. No se atrevían a imaginarse que apenas unos días después del Concilio, las falsificaciones iban a proliferar, exhibirse, imponerse, como lo ha mostrado la realidad, incluso en la corporación de los “teólogos”... Es verdad que ante algunos extravíos, algunas obstinaciones apasionadas, todas las precauciones están de más.

Una caricatura, aparecida en un semanario americano, me parece expresar con exactitud el sentimiento de estupor que se apodera de un número creciente de observadores ante lo que ocurre hoy día en la Iglesia Católica. Un sacerdote entra en un “taxi”; el taxista se vuelve hacia él, le pregunta, no en inglés coloquial, sino en lenguaje bíblico: “Whither Goest Thou?” — ¿A dónde va la Iglesia? Esta es la pregunta que surge en todas partes. ¿Va a caer en la desintegración? ¿O acaso se renovará según la letra y el espíritu del Concilio en una fidelidad intachable a su Señor para penetrar con entusiasmo en la ruta de “los nuevos tiempos” y así cumplir mejor su misión en el mundo?

(Continuará)

El pecado es una ruptura con Dios, pero también una ruptura con todos tus hermanos en la Iglesia.

Tu retorno no puede ser un paso secreto, en el fondo de tu corazón, sino una entrada pública en la Iglesia.

Nuestros propósitos

Como el primer número de "Temas" se agotó rápidamente, y dado que en él fijábamos los propósitos de la revista y los motivos que nos movieron a editarla, muchas personas nos han hecho ver la conveniencia de reiterar —en números subsiguientes— los elementos más importantes del editorial de presentación, para que los nuevos lectores conozcan cabalmente las metas que persigue la publicación.

Reiteramos entonces, parcialmente, nuestra "carta de presentación":

"Temas" es fruto de la inquietud de un grupo de católicos, inspirados únicamente en el deseo de aportar a la comunidad un nuevo elemento de provecho espiritual y una guía clara y permanente de la doctrina y las orientaciones emanadas de la Sede Pontificia.

Al acometer esta pequeña obra, en las convulsionadas horas que vivimos, abrigamos la esperanza de que ella, en alguna medida, pueda constituirse en una inyección de espiritualidad; de esa espiritualidad honda y verdadera que —según nuestra concepción cristiana, y por ende trascendente— debe ser el basamento insustituible de toda acción temporal.

Por eso, al hablar de espiritualidad, no estamos insinuando ningún tipo de evasión hacia un "angelismo" impropio que nos lleve a eludir los compromisos humanos, o que nos exima de las concretas responsabilidades de la acción.

Considerando de gran importancia todo cuanto pueda hacerse para estimular y reforzar la unidad en torno de los valores substanciales e imperecederos de nuestra Fe común, anhelamos también que "Temas" pueda contribuir a disipar confusiones y a superar enconos y estériles radicalizaciones que desorientan y lastiman el espíritu de tantos cristianos. Ciertamente, tales esperanzas no se fundan en nuestra aportación personal —irremediablemente pobre y limitada— sino en la obra que el Espíritu quiera realizar a través de este humilde instrumento.

Quienes hemos encarado su publicación no exhibimos otra credencial que la de simples católicos; simples miembros del Pueblo de Dios, que es la Iglesia, inspirados en un ideal de amor y de servicio.

Adelantándonos a recelos y suspicacias, por desgracia bastante comunes hoy día, digamos que "Temas" no se enrola en los artificiosos bandos de "progresistas" o de "conservadores", calificaciones ambas con que muchos —con criterio apriorístico y a veces con sectaria puerilidad— pretenden encasillar a los cristianos. No creemos en esas divisiones tajantes, falsas e irreales en cuanto pretenden ser generalizaciones.

Pero sí sabemos que por encima de las divergencias naturales y aun de los prejuicios y las rencillas, que muestran con frecuencia una lamentable falta de madurez y de caridad, existen poderosos elementos comunes —vitales, esenciales— que nos unen a todos.

Hacia ellos apunta el sentido de esta publicación que abordamos con espíritu fraterno y abierto hacia todos.

LA DIRECCION